



GRADIVA

6

Número 1 - 2005
Revista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Revista Gradiva

6 Número 1 Año 2005

**Publicación Oficial de la
Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA**

perteneciente a la Federación
Latinoamericana de Asociaciones
de Psicoterapia Psicoanalítica y
Psicoanálisis (FLAPPSIP)
e International Federation of
Psychoanalytic Societies IFPS.

Directora

Eleonora Casaula

Consejo Editorial

María Luisa Azócar

Guillermo Brudny

Eleonora Casaula

Ana María Valenzuela

e mail: gradiva@ichpa.cl

Directorio de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis - ICHPA

Presidente

Juan Flores

Vicepresidente

Hugo Rojas

Secretaría

María Teresa Casté

Tesorera

Marcela Ramírez

Directora Instituto

Sandra Oksenberg

Directora Consultorio

Pilar Soza

Comisión de Extensión

María Luisa Azócar

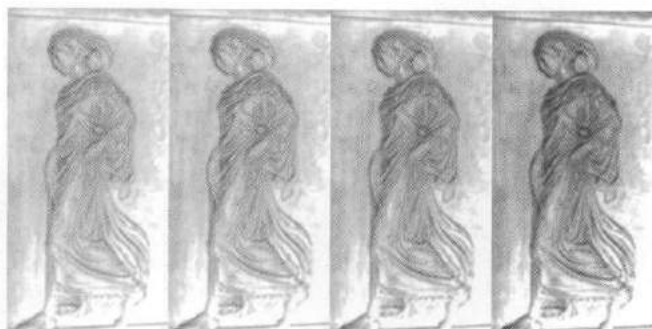
ISSN 0717-6600

Diagramación e Impresión

Covisual

Portada

Débora Koiffman



GRADIVA

6

Número 1 - 2005
Revista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Indice

Editorial

5

Textos

7

¿Qué nos enseñan los pacientes "de hoy"?

Roberto Aceituno

9

La cultura, el sujeto y su malestar

Marta J. Bello

19

Cuerpos modernos

Cinthia Cassan

29

Juego y estrategia en el abordaje de los púberes

Ana María González de Olagaray

37

*Inteligencia artificial, proyecto de psicología
para neurólogos y modelos fractales de la mente*

José R. Pinedo

51

Dolor de caminar

Pilar Soza Bulnes

61

Hermenéutica e interpretación psicoanalítica

Claudia Vergara

69

Espacio Abierto

75

El sonámbulo alimentado

Cine, emociones y bi-lógica

José Luis Villalba

77

Autores

87

Institución

91

Editorial

Tenemos el agrado de presentar en este número algunos de los trabajos que formaron parte del VII Congreso de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis –ICHPA, celebrado en Santiago con fecha 1,2 y 3 de Octubre de 2004.

Hubiese sido nuestro deseo dar espacio a un número mucho mayor de ponencias, ya que el evento dio cuenta de una amplia variedad de temas atingentes al modo como se está pensando y desarrollando nuestra disciplina, tanto en lo teórico como en lo clínico, en concordancia con los profundos cambios que nos viene planteando la actualidad.

Hemos seleccionado para su publicación aquellos trabajos pertenecientes tanto a miembros de la Sociedad como a invitados que en virtud de la apretada programación del Congreso no dispusieron de suficiente tiempo para comentarios, pese a su interés y creatividad.

Contamos para este número con Roberto Aceituno quien se preocupa de develar las problemáticas actuales de la clínica psicoanalítica, desplegando por una parte, las exigencias tanto teóricas como terapéuticas que demandan los pacientes de hoy, como indagando sobre las modalidades de subjetivación de nuestro tiempo.

Apuntando en esta misma dirección Marta Bello despliega un documentado análisis acerca del sujeto y su malestar en la cultura de hoy. Cinthia Cassan, a su vez parte su reflexión inquiriendo acerca del quehacer de los psicoanalistas frente a las formas en que se manifiesta la conflictiva actual, para llegar a un replanteamiento de la función de “analizar”.

Contamos también con dos aportes desde la clínica de púberes y adolescentes. Ana María González de Olagaray revisa detenidamente los conflictos puberales, abordando con sutileza las dificultades que enfrenta el psicoanalista. En su ponencia Pilar Soza relata de manera detallada el transcurso del proceso analítico de un adolescente al interior de una institución.

Claudia Vergara indaga en los sentidos de la hermenéutica analizando principalmente dos aspectos: el porqué y la necesidad de la interpretación.

José Pinedo presenta una revisión de diferentes aspectos implicados en el estudio de la inteligencia artificial.

Por otra parte, en la sección Espacio Abierto presentamos un trabajo del cineasta José Luis Villalba quién a través del estudio de la película "El Sonámbulo" introduce el tema de la Teoría Bilógica de Ignacio Matte Blanco, como preparación al seminario dirigido por el Profesor Jaime Coloma y al próximo Encuentro Internacional sobre este tema que tendrá lugar el 2006 en Santiago de Chile y de cuya organización estará a cargo nuestra Sociedad.

Eleonora Casaula T.

TEXTOS

¿Qué nos enseñan los pacientes “de hoy”?*

Roberto Aceituno M.

Mi propósito es discutir, a partir de lo enunciado en el título, algunas problemáticas sobre la clínica psicoanalítica contemporánea. Específicamente, me interesa apuntar a dos temáticas principales: la primera, se refiere a las exigencias tanto teóricas como terapéuticas que nos presentan los pacientes “actuales”, entendiendo por ello tanto su *actualidad* como parte de las modalidades de subjetivación de nuestro tiempo, como en relación a los *actos* del sujeto “de hoy”. En segundo lugar, quisiera desprender de esta reflexión algunos alcances para discutir las exigencias que conciernen a la formación analítica, en la medida que ella ha de considerar esta actualidad en el marco de la historia que la ha hecho posible. Esta pregunta por la formación analítica se sitúa en el orden de lo *transmisible* de la experiencia teórica y clínica.

1

Ha pasado a ser casi un lugar común el constatar las dificultades –tanto teóricas como técnicas– que nos presentan algunas modalidades subjetivas propias al sujeto o, más específicamente, al “paciente de hoy” (Narot, 1990): trastornos de la imagen y del consumo, narcisismos

mas o menos patológicos, fenómenos psicosomáticos: en fin, los *límites* de lo analizable e interpretable clínicamente.

Esta constatación, sin embargo, no ha ido a la par de una reflexión suficientemente desarrollada sobre los procesos de subjetivación que comandarían estas “novedades”-sintomáticas, transferenciales-, en la medida que los intentos teóricos por reformular los pilares de la doctrina freudiana –por ejemplo, la represión, el edipo, los derroteros de la castración– han oscilado entre una perspectiva psicodinámica hartamente emparentada a los desarrollos prefreudianos –por ejemplo, en las nociones “borderlines” de una nomenclatura en boga– y, por otra parte, la referencia a “nuevas patologías del alma” (por utilizar la recurrida expresión de Julia Kristeva, 1993) definidas bajo el modelo estructural de las no menos clásicas distinciones freudo-lacanianas: psicosis, neurosis, perversiones. En ambos casos salta a la vista un rasgo en cierto modo común tanto a las dinámicas propias del sujeto “límite” de hoy como a los discursos consagrados a pensarlas: esto es, la relativa pobreza de la actividad de pensamiento o de “significancia” que tramite lo nuevo de la experiencia subjetiva a partir de sus

* Versión abreviada de la ponencia presentada en el VII Congreso de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA, Santiago, 2004.

antecedentes históricos. Cuestión que para el caso de la reflexión psicoanalítica misma toma forma en la resistencia a proponer nuevas reflexiones metapsicológicas acordes a las transformaciones socioculturales de nuestra modernidad tardía, o bien en la dificultad para desprendernos de los “invariantes” estructurales de la clínica clásica.

Diversos han sido los esfuerzos por caracterizar a los sujetos –o pacientes– “límites” de hoy¹. Entre ellos cabe consignar las reformulaciones nosológicas y nosográficas implicadas en el trabajo con pacientes llamados “borderlines” –por ejemplo a través de la Teoría de relaciones objetales, tan recurrida contemporáneamente (Kernberg 1975, 1989)– y, en segundo lugar, algunos intentos por leer desde una perspectiva lacaniana el desfallecimiento de los soportes simbólicos que, afirmados especialmente en la llamada función paterna (Lebrun, 1997), incidirían en la constitución de estas “nuevas patologías”, o bien estas nuevas –al menos en apariencia– formas de subjetivación.

En la perspectiva que quiero subrayar aquí, estos esfuerzos –que evidentemente aportan elementos para pensar la lógica de la subjetividad y de la clínica

actual– no logran profundizar metapsicológicamente estas transformaciones subjetivas, en la medida que, en el primer caso, suponen una perspectiva descriptiva que no altera sustancialmente los fundamentos metapsicológicos establecidos por Freud –e incluso, me atrevo a decir, en ocasiones no hacen sino retroceder hacia perspectivas “psicodinámicas” que el fundador del psicoanálisis ya había cuestionado– y, en el otro, implican una valorización excesiva y hasta cierto punto nostálgica o conservadora de los referentes “estructurales” de la ley paterna y del llamado “orden simbólico”². No me voy a detener en un análisis crítico de estas perspectivas, pero me parece importante insistir en que queda pendiente un esfuerzo metapsicológico que permita ir más allá de las constataciones descriptivas del paciente actual y que, eventualmente, permita *traducir* –lo que no significa negar– los fundamentos antropológicos y metapsicológicos de la doctrina freudiana, especialmente en lo que se refiere a la matriz edípica de la subjetivación y la lógica de la castración que le sería correlativa.

El problema se sitúa entonces en una contradicción que, evidentemente no pretendo resolver, sino de la cual me

¹ Ver, por ejemplo: Bergeret, J., Reid, W. et al, *Narcissisme et états-limites*. Paris: Dunod, 1999; Kouretas, N. : “Le développement du concept de borderline (état-limite) dans le diagnostic et le traitement psychanalytique”, en Feher-Gurevitch, J. y Tort, M. (ed.). *Lacan et la psychanalyse américaine*. Paris: Denoël, 1996. Lebrun, J.P. : “Hypothèses sur les nouvelles maladies de l’âme”, *Le Bulletin Freudien: un social assujettissant?*, *Revue de l’Association Freudienne de Belgique*, No 28, 1996.

² Un análisis crítico a esta perspectiva puede encontrarse en M. Tort, *La solution paternelle. Logos <> Ananké*, No1, 1999, pp. 50-73. Ver también: Tort, M., “Psicoanalistas guardianes de la ciudad”, en Aceituno, R. y Rosas, M (ed.), *Op. Cit.*

interesa mostrar algunas incidencias para el trabajo teórico y clínico. ¿Cómo asumir la inevitable historicidad de la clínica –analítica, en este caso–, pero asumiendo a la vez que muchas de sus expresiones actuales no hace sino expresar de otro modo ciertas invariantes que son necesarias para pensar el discurso analítico, es decir, su teoría y su práctica? En segundo lugar, ¿cuál sería la especificidad –si es que es tal– de la clínica analítica contemporánea, específicamente en relación a las modalidades “estructurales” de la subjetivación desdobladas transferencialmente?

Con el fin de presentar sólo algunas vías para introducir una discusión acerca de estas preguntas, me parece pertinente precisar algunos de sus alcances teórico-clínicos.

Desde un punto de vista “metapsicológico”, me parece necesario reconocer que el “aparato psíquico”, por utilizar la expresión de Freud, ya no puede ser definido del todo mediante los criterios teóricos que enmarcaron el desarrollo de la psicología clínica y de la psiquiatría durante el siglo XIX, alcanzando al propio psicoanálisis en la necesaria reformulación de sus aproximaciones teórico-clínicas. Este aparato psíquico –o subjetivo– pareciera organizarse mediante economías y dinámicas que no responden del todo al campo representacional y de afectos que son integrados en la estructura “yoica”. Al menos en los casos “límites”, los aspectos pulsionales de la vida anímica pare-

cen desanudados de sus correlatos representacionales o “cognitivos”, tal como prevalecen en los trastornos del ánimo, de la imagen o de los impulsos en la subjetividad actual.

Por otra parte, estas dificultades que encuentran las aproximaciones teóricas de la clínica psicológica para definir las dinámicas del sujeto “límite”, se evidencian en sintomatologías que, si bien han sido constatadas por los clínicos desde hace mucho tiempo, toman un peso relativo mayor en las patologías actuales. Entre ellas cabe consignar: a) la predominancia del fenómeno de la *angustia* (un temor sin objeto, en términos clásicos) desprovisto de su función de *señal* de un conflicto psíquico; b) fenómenos *depresivos* que, análogamente a lo observado en la clínica de la angustia, implican alteraciones anímicas o afectivas cuya relación a fantasías, defensas o representaciones se encuentra debilitada; c) desde el punto de vista de la configuración del “Yo”, las *patologías de la imagen* parecieran verse incrementadas en su magnitud y frecuencia, de las cuales el “narcisismo patológico”, vinculado además al debilitamiento de soportes identificatorios estables, pareciera ser un signo propio a los pacientes límites de hoy; d) finalmente, las *afecciones psicósomáticas* o, en términos más generales, aquellas que ponen en juego la dimensión corporal del funcionamiento anímico, en las cuales es posible detectar rasgos comunes a los señalados en los puntos anteriores (pobreza del trabajo de pensamiento o de “representancia psíquica”, hipertro-

fia imaginaria en la relación al cuerpo propio y al otro, desborde pulsional expresado en investiduras excesivas del funcionamiento orgánico, etc.) ponen de manifiesto el carácter mixto, a medio camino de afecciones somáticas y psíquicas, de su sintomatología subjetiva.

Ahora bien, en esta perspectiva quisiera profundizar algunos puntos de referencia teórica y clínica que nos ayuden a discutir críticamente esta constatación tan recurrida de la especificidad “estructural” de los pacientes de hoy.

En primer lugar, considero pertinente subrayar la noción de *subjetivación*, en oposición al uso —a mi juicio abusivo— del término *estructura*. Desde esta perspectiva, intentar repensar las modalidades subjetivas de hoy exige destacar los procesos por los cuales el sujeto no deriva de una “estructura” que lo definiría originariamente, sino que se hace tal, *deviene* sujeto en el curso de su historia. En ello, las exigencias a las que está sometido lo interpelan en la actualidad de su existencia y de sus vínculos con otros, despertando a la vez la reserva defensiva que ha guardado de su memoria infantil. Hablar de subjetivación implica entonces subrayar que de lo que se trata en psicoanálisis es de *sujetos*. De sujetos cuya condición de tales está dada por el hecho de ser sujetos con historia. Desde este punto de vista, un aspecto crucial para “diagnosticar” las vicisitudes actuales de la clínica es relevar las dificultades para que ese proceso que llamamos subjetivación tome lugar.

Específicamente, en este proceso que llamamos subjetivación interviene la relación al otro, uno de cuyos referentes —pero no el único— está representado por las figuras y funciones parentales, condición de posibilidad del establecimiento de vínculos objetales, es decir libidinales e identificatorios. Sin embargo, y aquí es donde interviene la necesidad de pensar este proceso en la actualidad, estos referentes identificatorios que marcan la alteridad constitutiva de la historia subjetiva, han de ser pensados más allá, o más acá, de los soportes edípicos a los que Freud consagró sus hipótesis originales y que han alimentado toda una reflexión lacaniana sobre la decadencia de la función paterna como responsable de la articulación del deseo a la Ley. ¿Cuáles serían otros criterios para repensar esta función del otro en los procesos de subjetivación, específicamente en lo que concierne a sus vicisitudes o impases actuales?

¿Cómo caracterizar entonces, e intentar pensar, las condiciones socioculturales y subjetivas que inciden en las dificultades y posibilidades que nos plantea la clínica de hoy?

Para resumir mi perspectiva, sólo voy a indicar un elemento, para luego considerar sus alcances más específicos concernientes a la transmisión y formación analítica.

2

Me parece que un rasgo prevaleciente de las sociedades actuales, incluida la nuestra con las particularidades que le

son propias y a lo que no alcanzaré a referirme, es lo que llamaría una crisis en la *transmisión de la experiencia*. Esto tiene como uno de sus aspectos más preponderantes una difícil relación a la historia, entendida no sólo como el pasado reprimido u olvidado, sino la historia como memoria inconsciente transmitida de una generación a otra y producida retroactivamente a partir de las exigencias del presente³.

Este supuesto tiene un correlato a mi juicio crucial para pensar las dificultades y también las posibilidades de la clínica con el sujeto de hoy. Este concierne al hecho de que la historia es, desde un punto de vista analítico, la historia *infantil* y, en cuanto tal, opera subjetivamente en virtud de que ha sido *reprimida*. Historia infantil y represión son dos pilares del pensamiento freudiano sobre el sujeto, articulado como aparato psíquico y desdoblado en la relación al otro en la transferencia. Si la crisis de transmisión a la que me refería opera hoy en día, considero que ella es correlativa a una modificación –al menos parcial– del estatuto de la represión asociada a lo infantil. De modo que es posible proponer que si la represión es un pilar de la doctrina freudiana sobre el sujeto del inconsciente, ello obedece a que marca la inscripción en tiempos del sujeto en su historia, libidinal e identificatoria: historia de las relaciones del sujeto a los objetos que ha investido

y que ha metaforizado como parte de sí.

Más específicamente, la problemática de la *transmisión* que estoy intentando precisar, requiere de la inscripción simbólica de una historia reprimida, es decir una *diferencia* entre generaciones. Desde este punto de vista, es preciso considerar a la subjetivación –es decir, el proceso por el cual el sujeto deviene tal– en tanto dependiente de las modalidades de relación a la historia –reprimida, rechazada u olvidada– en la medida que éstas responden a procesos de simbolización. La posibilidad de transmisión de la experiencia, que hace posible que el sujeto no tenga que “autoengendrarse” fantasmáticamente, requiere que ella haya sido simbolizada originariamente. La manera más clásica de entender esta simbolización –o de metaforización– está dada por el paso edípico como nudo estructurante de la subjetividad, al menos neurótica, paso que regula culturalmente la relación del deseo a la Ley entendida por Freud y luego por Lacan como “paterna”. Sin embargo, me parece que esta simbolización, en tanto interviene en los procesos de constitución de lo infantil como reprimido, ha de ser pensada más allá de tales coordenadas “estructurales”, en la medida que opera desde los vínculos especulares –e incluso pre-especulares– de la historia infantil. Ahí, la base para la constitución de un territorio psíquico susceptible de guardar las huellas memoriales de la

³ Un desarrollo mayor de este supuesto ha sido expuesto por el autor en las Jornadas sobre Historia, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, a publicar próximamente. Un análisis psicoanalítico de la historia, para la situación cultural chilena, ha sido expuesto en el Coloquio “La subjectivation en question”, Universidad de Paris VII, Universidad de Quebec, Paris, 2003.

posición y nuestro deseo les ayude a producir esa memoria que *hace falta*.

Considero que las exigencias de formación y de ejercicio del psicoanálisis en nuestra época interpelan nuestra responsabilidad de *producir* la historia a partir del reconocimiento de sus diversas modalidades de olvido. Por eso el trabajo con el síntoma, con la verdad reprimida o rechazada, exige no sólo mantener el espíritu freudiano que, a través de la interpretación, se volcaba a despertar esas verdades sepultadas, sino que exige también un esfuerzo de *construcción*.

Si algún sentido tiene pensar una *ética analítica* en este contexto, ella es tributaria de las demandas que los analizantes de hoy les dirigen a quienes

se dedican a escucharlas, para que en esa escucha *algo más se produzca*⁵.

Demandas que no sólo apuntan al fortalecimiento de los padres debilitados por nuestra época, sino que han de ser reconocidas como mensajes dirigidos al Otro, un Otro que no existe más que en su propia palabra.

Si bien estos son sólo algunos de los fenómenos y problemáticas asociadas a la clínica de hoy, nos sirven como ilustración de los impases históricos _ y por lo tanto actuales- del discurso psicopatológico contemporáneo. Ellos ponen en evidencia la necesaria actualización de los criterios, tanto teóricos como nosológicos e institucionales, a partir de los cuales se desarrolla la clínica actual.

⁵ Se encontrará una reflexión sobre este punto en Aceituno, R.: "Lo que resta, escrituras e historias". En Aceituno, R. (ed.), *Identidades*, Universidad Diego Portales, Santiago, 2002.

BIBLIOGRAFIA

Aceituno, R. 2003, "*Clínica y testimonio*". En *Objetos caídos*, Revista de Psicoanálisis, 5.

Kernberg, O. 1975 "*Borderline Personality organization*", Journal of the American Psycanalytic Association. 15: 641-685. Borderline conditions and pathological narcissism. Jason Aronson, Inc., New York.

— 1989, *La teoría de relaciones de objeto y el psicoanálisis clínico*, Paidós, México. *Les troubles graves de la personnalité*, Paris: PUF, 1989.

Kristeva, J. 1993, *Les nouvelles maladies de l'Âme*, Paris: Fayard. (Existe versión en español: *Las nuevas enfermedades del alma*).

Lacan, J. 2003, Seminario Libro VIII, *La transferencia*. Paidós, Buenos Aires.

Lebrun, J.P., "*Une clinique pour notre temps?*", *La clinique lacanienne*. Revue Internationale, 1997, No2, pp.53-60. Ver también: "*Hipótesis sobre las nuevas enfermedades del alma*", en ACEITUNO, R.; ROSAS, M. (ed.): *Psicoanálisis: sujeto, discurso, cultura*. Santiago: Ed. Universidad Diego Portales, 1999.

Narot, F. 1990, "Pour une psychopathologie historique. Introduction à une enquête sur les patients d'aujourd'hui". *Le Debat*, No61, 1990.

La cultura, el sujeto y su malestar*

Marta J. Bello H.

¿Por qué nuevamente el malestar en la cultura?

En el posfacio de 1935 a su "Presentación autobiográfica" (O.C., 1920), Freud mismo moteja de "desarrollo regresivo" su vuelta al interés por los problemas culturales que le habían preocupado desde su temprana juventud. Que el psicoanalista se autorice a pensar la humanidad, les parece a muchos desechable como vana tarea especulativa.

Es cierto que plantear respuestas universales desde nuestra pequeña y privada esfera de experiencia parece desafiar la admonición de Wittgenstein de no hablar de lo que no se sabe. Sin embargo, a todas luces uno de los rasgos más generalizados del psiquismo humano, es el inquirir acerca de nuestra condición, acerca de lo que nos hace semejantes y lo que nos diferencia del resto de las cosas del mundo, preguntarnos acerca del lugar que ocupamos en el mundo que nos circunda. Por esto todas las etnias desarrollaron mitos y también la ciencia moderna busca responder estos cuestionamientos procurando así satisfacer anhelos que emanan desde el núcleo mismo de la subjetividad.

Para autorizarme a entrar en el tema, por una parte me identifico con la idea de Theodor Reik, (1930), de que la reflexión de Freud por la cultura es "producto de una personalidad acostumbrada a llevar hasta el final sus razonamientos", y admiro la gran libertad de espíritu que le permitía confrontar siempre sus propias antiguas ideas con sus nuevos desarrollos. Pienso que cuestionar la teoría desde los datos de la praxis es un camino abierto a los psicoanalistas, y sin duda tratar de comprender las distintas modalidades y riesgos de la subjetivación en la peculiar situación histórico social que nos toca vivir se transforma así en un imperativo. Por otra parte siento que lo mínimo que le puedo exigir a una teorización de la condición de la subjetividad humana que diga autorizarse en el psicoanálisis es que sea coherente con los principios de la dirección de la cura y que no me empuje a dejar fuera del consultorio al niño, al psicótico, a las formas malignas y benignas de la histeria, para enfocarme solo en sujetos exquisitamente interesados en su ser. Así, mi aproximación al "Malestar de la Cultura", obedece a la idea de considerar al texto como un impulsor de trabajo, como un campo abierto no tanto a la

* Este trabajo fue presentado en el VII Congreso, de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), Santiago de Chile, 2004

mos seguir sosteniendo su eficiencia en la tarea de dirigir al sujeto al reencuentro con su deseo y su sentido.

Últimamente se ha comenzado a sumar al auge de los juegos electrónicos portátiles la imposición de un ideal pedagógico en el que cada niño tenga un computador en su banco de clases. El aula y el recreo pierden la vigencia como espacios públicos moldeadores de relaciones sociales, y ya no se parecen a esos memorables lugares de encuentro que recientemente recreara Andrés Wood en su película *Machuca* y donde los aquí presentes nos introdujimos tanto en la tolerancia como en el irrespeto, en el uso de la fuerza y la democracia, en la solidaridad y la complicidad, etcétera, etcétera. Están por verse las consecuencias en la subjetividad de los niños de las nuevas prácticas tecnológicas educativas que se nos presentan como la panacea del acceso inmediato al conocimiento universal y la posibilidad de obturación de las brechas de la desigualdad y el subdesarrollo.

Tal curiosa unión en la atomización, esta explosión comunicacional sin asociación ni comunidad, esta vinculación masiva de extrañamientos corporales ¿no lleva en sí el signo de lo antipolítico? Si la esfera pública condicionó la aparición del sujeto moderno, ¿que consecuencias tiene su virtualización para el sujeto del Siglo XXI? Los totalitarismos desde siempre se han caracterizado por su eficiencia en la transformación de los ciudadanos en individuos, del pueblo en gentes, impulsándolos por el temor, la

manipulación, la coacción y la burocracia a la desestimación de la cosa pública y ocuparse sólo de sus propios asuntos. Cabe preguntarse por las implicaciones en la subjetividad que tendría la masificación de la tendencia a la retirada libidinal de las concretas interacciones humanas.

Pensemos en el narcisismo, extrañamiento del sujeto de sí mismo tanto como de la sociedad, y en la proliferación de los así rotulados trastornos narcisistas. Se hace frecuente que lleguen a nuestras consultas jóvenes adolescentes e incluso ya no tan adolescentes cuyos padres dicen no saber qué hacer con ellos. A menudo, después de derribada la reticencia hostil en la que se amurallan, fluye un relato de horas vacías, de ausencia de espacios de conversación familiar, de almuerzos y cenas de cada cual en su pieza con su propia bandeja, de tardes y noches frente al televisor y al computador, de padres cuya expresión máxima de preocupación es la de si la hija de trece años tiene dinero para volver en taxi del carrete de madrugada. ¿Cómo extrañarse de la búsqueda cruenta de la verificación de la existencia en la propia corporeidad, o de la violencia como único camino de acción afirmativa de una identidad tambaleante y a menudo presa del pánico de existir, allí donde el otro parental rehúsa a prestarse como campo de constitución subjetiva, a entregar las mínimas coordenadas simbólicas al vacilante sujeto que arrojó al mundo?

II. Imaginario versus simbólico

Si la tecnologización de los medios y de la comunicación inicia la desmaterialización del espacio público, también sobre éste se ciernen la amenaza de los procesos de privatización económica y social. El Mall representa un espacio privado, caracterizado por la selectividad y la segregación, que se restringe a segmentos específicos y homogéneos de la población. Lejos de ser un lugar de encuentro, convergencia o polémica, es decir un espacio de y para la simbolización, esta pretendida ágora hipermoderna despliega una sobreabundancia imaginario que abrumba los sentidos y aturde al individuo. Ir al Mall es ejercicio de la mirada, reiteración de la pulsión escópica en automatismos que abren senda a los crecientes sentimientos de envidia y de insatisfacción. La lógica del tener reviste y ahoga la lógica del Ser, cuando no se puede tener ya no se es pero todo lo que se puede tener lleva consigo la amenaza de una obsolescencia que arrastrará consigo la cada vez más delgada y frágil subjetividad.

Pareciera que la ilusión de permanencia que emanaba de los templos cada Shabbath o Domingo, se está reemplazando por una ilusión de existencia donde lo efímero y lo vertiginoso es lo ideal. La comida rápidamente engullida en los fast-food está en oposición directa del "banquete clásico", Platón difícilmente encontraría algún espacio para el diálogo entre las papas fritas y los supercombos. El consumo, versión de la pulsión oral de incorporación, encuentra su más

cruda forma de presentación en las obesidades mórbidas que toman características de epidemia, tema que inquieta a la salud pública y que se nos impone en la práctica clínica como el impulso voraz de la bulimia y su contracara, el deseo de nada de la anorexia.

Malestares cuya condición sin duda es necesario verificar uno a uno en su especificidad clínica, pero que aluden a un cuerpo cuyo protagonismo ahoga en grasa o lleva al aniquilamiento a la subjetividad. La omnipresencia del cuerpo, fomentada por su mercantilización, cobra sus víctimas cada vez a más tempranas edades. El apetito por nuevos mercados no sólo transforma a los cuerpos prepúberes en cuerpos de la moda, también los hace blanco para las nuevas cirugías gástricas, que desdeñan precozmente cualquier posibilidad de llamamiento a un sujeto que se haga cargo de sí mismo, reemplazándolo por el rápido y sin duda económicamente eficiente bisturí.

La mercantilización del cuerpo conlleva la desmembración psíquica y la focalización fetichista en las partes desintegradas. También se recurre al bisturí para levantar, borrar, aumentar o disminuir porciones corporales, estrategia de aparecer allí donde el ser se desvanece, relleno inútil de una hiancia que evita transformarse en pregunta. En nuestra versión criolla de *Sex and the City*, la columna "31", de la Revista del Sábado de El Mercurio, el personaje de la treintañera Consuelo Aldunate, reacciona con pánico frente a las líneas que

le muestra el espejo y corre a obturar con botox los indicios de una finitud constantemente en denegación a través de “happy hours”, las “disco” y las “citas a ciegas”.

Numerosos autores han escrito sobre el debilitamiento de la eficacia simbólica, sin duda en los momentos actuales asistimos a un desfallecimiento de las regulaciones de la vida libidinal, regulaciones severas a las que Freud atribuyó el malestar de la cultura. Voces se elevan para plantear la declinación de la autoridad paterna, que en el ámbito institucional se hace palpable en la forma de la crisis de la confianza en las instituciones. Hoy parece insostenible creer en la legislatura, la autoridad eclesiástica, etc. A quince años del apasionado plebiscito que marcó el comienzo del fin de la dictadura los votantes se muestran cada vez más escépticos y renuentes a confiar en las urnas.

Entonces vemos como la autoridad simbólica es desplazada por una parte por la espectacularidad mediática de las figuras y por otra por el retorno del padre feroz, el pedófilo, el pequeño caudillo despótico que lo soluciona todo con la tolerancia cero, curioso eufemismo para enarbolar una vez mas las banderas de la intolerancia y la persecución. El sujeto aparece atenazado entre el desconcierto, la angustia y la banalidad. La muerte del padre y el levantamiento de las prohibiciones no han dado paso a la felicidad, lo que a mí me parece confirmar que el origen de nuestro malestar no radicaba en la rigidez de las prohibiciones, sino que tenía y conserva su

anclaje más atrás, en la separación de goce que marca nuestro ingreso al universo del lenguaje, y que en ello debemos rastrear el eje de sus invarianzas a través de la variabilidad inter cultural histórica.

El mercado impone la necesidad de reemplazar rápidamente los objetos materiales que nos rodean: En el corto plazo cualquier útil, en especial si incorpora alta tecnología, se torna obsoleto, es decir inútil, y las aparentes facilidades para su recambio nos brindan la ilusión sucedánea de la universalización de la potencia adquisitiva. Que en el plazo de diez años hayamos pasado en Chile de los celulares de palo a la masificación de la telefonía personal, no debería hacernos olvidar que las nuevas tecnologías como formas de generación de riqueza han significado mayores concentraciones de capital y han aumentado la brecha mundial y nacional entre riqueza y pobreza, lo que implica que la violencia en forma de exclusión y segregación es por lo tanto más actual y generalizada que nunca.

III. Amurallamientos internos. Temor y segregación.

De la privatización de los espacios públicos se desprende otro fenómeno: la formación al interior de la ciudad de espacios urbanos cerrados o aislados y literal y no metafóricamente amurallados, con lo que se concretiza la segregación física de diversos sectores de la población.

En 1990 Mike Davis, en “City of

Quartz", caracteriza a Los Ángeles, California, como la ciudad postmoderna donde la defensa del estilo de vida opulento y lujoso se traduce en progresivas restricciones al libre fluir e interactuar de los ciudadanos, restricciones que toman la forma de los condominios cerrados, del forzamiento a la consolidación de ghettos hispanos y afro americanos, de la construcción de edificios no sólo opacos al exterior sino blindados a éste, denunciando que esto se acompaña del auge de lo que denomina "la respuesta armada". Así, considera a Los Ángeles pionera en haber hecho confluír el diseño urbano, la arquitectura y el aparato policíaco en un esfuerzo comprensivo de seguridad.

También en Chile asistimos a una creciente tendencia a la militarización de los espacios colectivos. Que los nuevos guardianes de comunidades, usen simpáticos cascos de "bobbies" londinense, o que los guardianes privados del orden se atavíen con coquetas bermudas o los disfracen de policía montada o aún de Santa Claus, no por ello dejan de ser el brazo armado de la ley del mercado. Esta tendencia obsesiva a la seguridad y el control no se ejerce desde la lógica de ningún Big Brother estatal, sino obedece a la igualmente obscena y feroz lógica del tener y no tener.

Este contexto urbano-social de la segregación múltiple, que tiende a la consolidación de sistema de castas, comenzó a gestarse en Chile a mediados del Siglo XX, cuando las crecientes y sucesivas oleadas migratorias del campo a la

ciudad, hicieron insuficientes para cobijar a las nuevas familias de trabajadores, a los hacinados cités y conventillos de principios de siglo. Nostálgicos de los espacios abiertos los migrantes comienzan a ocupar terrenos residuales o largamente abandonados por los propietarios, surgen así las poblaciones llamadas callampas (por la rapidez con que se levantan de la noche a la mañana) y el despectivo y segregacionista rótulo "callampero" que desplaza del imaginario y del léxico al "roto" que aun conservaba cierto halo romántico. La indiferencia política del siglo a los problemas derivados del crecimiento de las ciudades encuentra en un corto intervalo entre 1964 y 1973 una intención de planificación habitacional que lenta y burocráticamente comienza a preocuparse del problema de los sin techo. Tras su violenta interrupción, la planificación de la vivienda de interés social se retomará en los años 80 con un matiz perverso. Un reordenamiento territorial y poblacional forzará la erradicación y reacomodo de los habitantes más pobres, repartidos hasta entonces en casi todas las comunas y los empujará hacia la periferia, revalorizando de esta manera los terrenos de las clases media y alta y obligando, además, a estos nuevos asentamientos a autofinanciar en gran medida sus servicios de salud y educación. Dos décadas más tarde la pesada sombra de las erradicaciones sigue perpetuando la brecha de la desigualdad de las oportunidades. En estos ghettos urbanos la droga, la cesantía, la mala calidad de la educación y el pobre nivel de organización social conforman el mar-

co donde debe realizarse el proceso de subjetivación de gran parte de nuestros conciudadanos. Mientras tanto, del otro lado, la ostentación obscena de la opulencia es el ingrediente preciso para despertar apetencias, envidias y hostilidades que a mí por lo menos me resulta difícil tildar de constitutivas.

El miedo hace proliferar las divisiones amuralladas al interior de la metrópolis. Cuando revisaba esta ponencia, un adolescente "flighter" o "flaiter", significante no referido a la aviación sino al atrevimiento con que algunos jóvenes pobladores de los cerros viñamarinos "aterrizan" en las lujosas riveras de nuestra ciudad Jardín, asesinó a navajazos a un adolescente de familia adinerada. Días mas tarde su padre, entrevistado por la prensa, señala: "lo sucedido con Gonzalo es un problema de lucha de clases, mi hijo era representante de un grupo social distinto" y hace referencia a la falta de valores de los otros, añadiendo "porque no hay respeto por la vida humana". Pide que el gobierno cese de hacer "manejo de crisis" y resuelva el problema de la seguridad, bajando la responsabilidad penal a los 14 años. Si los cerros no contienen a esos otros depositarios de la proyección de la suma de nuestros temores y fantasías destructivas, entonces se impone la confinación carcelaria...

Pienso que como psicoanalistas deberíamos autorizarnos para pensar esta violencia, para añadir al dialogo una voz menos impulsiva y no tan gobernada desde el temor y el deseo narcisista de

preservación del status quo, para ello considero esencial dialogar con otras disciplinas, sin excluir ni las ciencias naturales ni la sociología, la historia y la filosofía, pero conservando la especificidad que nos es propia, cuya fuente principal es la desapasionada escucha de nuestros analizantes.

IV Agresividad y crueldad

El tema de la agresividad, la violencia y la destructividad humana, visto desde el psicoanálisis presenta un curioso sesgo. Cuando se presenta la civilización como lucha contra la naturaleza y se toma el pasado como cartabón del futuro, sin duda se está en una posición con respecto a la especie, que se semeja a la de las neurosis de destino que tan cabalmente describiera Freud. Frases como "matar para vivir, la inexorable ley que gobierna el quehacer humano" o "la cultura se basa en la pulsión de destrucción" son comunes en autores que con respecto a otros tópicos del psicoanálisis mantienen opiniones mas desligadas de creencias y lealtades a maestros y se muestran más propensos al análisis crítico de las teorías.

Ya en 1968 Winnicott planteaba como imprescindible la revisión de las teorizaciones psicoanalíticas sobre la agresión. Creo con él que no es lo mismo profundo que primordial, temprano o innato y me resulta más alentador para mi praxis asumir que aunque la mezcla entre Eros y Tanatos sea inevitable, el primordial apego imaginario puede devenir lazo social, y que esto no es sólo

accesible para el esclarecido sujeto del fin de análisis sino que ha estado presente desde los orígenes de la subjetividad humana. No me resulta fácil olvidar que el mecanismo más eficiente que cualquier verdugo pueda haber inventado para demoler las subjetividades, es sin duda el aislamiento y la exclusión de la colectividad. Un torturado puede devenir héroe o santo, mientras que un excluido o incomunicado deviene masa moldeable, tal psicología de carcelero común algo me indica acerca de nuestra humana condición.

Elijo pensar que, en el fondo, postular la destructividad como equivalente a la agresividad y pensar la violencia en términos de ira o rabia implica la recaída inadvertida y sin fundamento en el biologismo. La violencia es a menudo un comportamiento racional y calculado y de esta forma es una herramienta de dominación bien apertrechada en lo simbólico. Si la agresión no puede dissociarse de la condición humana es porque se hace inherente en la constitución del sujeto en la necesaria afirmación de su autonomía.

El Otro que ampara al cachorro humano en su estado de pura necesidad fija para siempre las coordenadas por las que toda demanda posible sea de por sí demanda de amor. Pero la constitución subjetiva requiere tanto de la alienación al campo del otro como de la separación desde donde se funda él o yo o tú que caracteriza la identidad propia como negación del otro. Lacan presenta al sujeto como desgarrado. Habla de un des-

garramiento constitutivo, pero no constitucional en el sentido biológico. Es decir, hay una alienación al cuerpo y discurso del Otro semejante, pero al constituirse el sujeto tiene que separarse de este otro que le ha permitido colmarse. Así el sujeto resulta dividido por el otro, de modo tal que se siente agredido o agresor con respecto a ese otro y con respecto a sí mismo. La dialéctica fundante es una dialéctica de yo o tú, de quítate tú para ponerme yo, y en ella tendrá que penetrar el orden simbólico. Lo imaginario resulta siempre paranoídeo y lo simbólico impone un orden de contención. El ordenamiento en la estructura del lenguaje, que podemos metaforizar en las personas gramaticales (del singular Yo- tú al plural nosotros), es la instancia de pacificación.

El tema del lugar que ocupa el otro de la agresión y la destructividad del semejante es un tema que en la Europa de finales de los cuarenta se ha posesionado de la sociología, la filosofía y ha permeado la vida del ciudadano enfrentado a los horrores de la guerra. Así, cuando Sartre plantea en *A puerta cerrada*, que el infierno son los demás, cuando las consecuencias de toda su filosofía apuntan a una cierta exigencia del compromiso con la muerte del intelectualismo "demi-siecle", cuando Camus plantea una conciencia del otro que no se realiza sino en el asesinato, Lacan de la post guerra retoma en sus escritos la experiencia del análisis, señalando que la única posible salida del infierno es con los otros, junto a los otros.

Encontré en un texto del psicoanalista francés Eric Laurent, la indicación de una lectura en esta dirección del texto lacaniano de 1945 *El tiempo lógico y el acerto de certidumbre anticipada*. La salida de la cárcel de tres condenados que sólo se posibilita en la medida en que realizan un cálculo general, colectivo, muestra que para abrir la puerta del infierno, para obtener una sociedad humana en la que lo más auténtico de uno pueda ser reconocido por el otro, se necesita ingresar a un cálculo general. Lo social simbólico aparece entonces no como algo simplemente dado sino como algo construido en acto.

Desde luego, no estoy aludiendo cuando hablo de lo más auténtico de cada uno, a ningún ideal esencialista. El deseo se sostiene por y desde un vacío que no puede llenarse, el nudo que sostiene la subjetividad es un nudo evanescente. El psicoanálisis va en búsqueda del atravesamiento del fantasma fundamental, justamente porque el fantasma es una construcción, un collage imposible, pero en el más allá del fantasma, después de la caída de ideales e identificaciones, si

no está la exclusión psicótica o la estrategia perversa, reconocida la soledad esencial, una vez acalladas las palabras con que el Otro habla en mí, reconocida la Verdad como ficción, en la humilde aceptación del engaño que nos sostiene, nos es posible volver a la red simbólica.

Así interpreto el “les non dupes errent” (“los que no se engañan, pierden la ruta”), de Lacan, una forma de sostenernos en la coexistencia colectiva y de no asilarnos en ninguna consideración de excepcionalidad. Esto sin duda tiene muchos ecos posibles, pero el que para mí resuena más firmemente habla de la ética, de la capacidad para sostenerse como un trabajador decidido en la praxis del psicoanálisis.

Dejo hasta aquí estas cavilaciones, que reconozco no nacen sino de mis peculiares preferencias y personales interpretaciones y que me animo a plantear sin otro fin que impulsar el fecundo intercambio de ideas, con el ánimo de mantener vivo y abierto el camino que Freud nos legó.

Cuerpos modernos*

Cinthia Cassan

La época- La cultura.

La época avanza y los cuerpos con ella reflejan lo que de esta época se cree el ideal.

Los analistas, dedicados a la clínica del sujeto, del sujeto del deseo inconsciente nos descubrimos una y otra vez reflexionando acerca de la ética de nuestro lugar o posición de analistas; ante un discurso cada vez más frecuente en los analizantes respecto de “malestares” por sus cuerpos, por ciertas “zonas corporales” que no obedecen a su ideal.

¿De qué se trata un análisis sino de la caída de los ideales y del advenimiento del sujeto deseante? ¿De qué se trata el deseo del analista sino de escuchar el deseo del analizante?

Los cuerpos modernos, como en “Tiempos modernos”, la conocida película de Charles Chaplin, aparecen hoy en la clínica una y otra vez como objetos de un gran engranaje externo que es el amo a obedecer.

El sujeto como objeto de estudio de la ciencia, pidiendo a gritos que lo estudien, operen, fraccionen, **corten**. Para “tener” una imagen más acorde con el

ideal de estos tiempos de perfección. El cuerpo será apartado, rechazado de la sociedad de consumo si no se concuerda con ella.” La solución”, rápida, ya está entrando por su televisor.

El Otro, el gran otro de los ideales culturales es el que comanda, sin lugar para la interrogación subjetiva. (Retomaré esta idea más adelante)

Hay que “tener” lindo cuerpo, lindos labios, linda vagina (perfectos labios mayores y menores y gran elasticidad), lindos pechos, linda cola, “hay que”; si no, no “eres”. Hay que “tener” para “ser”.

El “ser” definido por el “tener”, paradigma de los tiempos de la globalización ha llegado a los cuerpos, ya no alcanza con las cuatro por cuatro, la casa, el yate, etc., etc., sino que ahora hay que “tener” un cuerpo moderno: “modelo”.

Cual si fueran productos de consumo, se ofrecen diversos tratamientos quirúrgicos con publicidad detallada y paquetes de viaje “todo incluido” en medios

* Este trabajo fue presentado en el VII Congreso de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), Santiago de Chile, 2004.

gráficos y audiovisuales; esos medios de comunicación que transmiten constantemente, de los que es difícil sustraerse si no se quiere estar fuera de la actualidad, fuera del acontecer en el mundo. El individuo "elige" como si estuviera eligiendo una prenda de vestir a medida, cual quiere para sí. Cual imagen quiere "tener", como si esto completara el "ser", la falta intolerable de la castración, como si ésta fuera por fin la oportunidad de "ser" quien realmente se quiere a través del cuerpo que se quiere "tener".

La clínica

Una mujer casada, de 36 años con tres hijos, consulta porque se siente "*aburrida*" de su vida; menospreciada por su marido, gerente de gran empresa que dedica la mayor parte del tiempo al trabajo, ocupándose ella de los hijos en edad escolar y preescolar. Relata que en el último tiempo él le ha dicho que está gorda, por lo cual ella se puso a dieta y se hizo una liposucción, para volver a tener el abdomen "*plano*", como antes de los tres embarazos, y está planificando una consulta con el cirujano para ponerse Botox en los labios, y tal vez operarse la vagina, que luego de los partos se ha ensanchado un poco, ella cree que esa puede ser la causa por la cual el marido la ha buscado menos en los últimos meses para tener relaciones sexuales.

Objetos, personas en posición de objeto, consultan cada vez con más frecuencia, sin interrogación por la situación

que los aqueja. Se quejan. Es el Otro el que debe dar las respuestas, el cirujano, el médico;... el analista.

Para el psicoanálisis lacaniano, el análisis no comienza hasta que no aparezca una interrogación, una pregunta del sujeto por lo que le pasa. El conocido "*¿Che vuoi?*" "*¿Qué me quiere?*", que da cuenta de la instalación de la transferencia y la pregunta por la causa. ¿Por qué me pasa lo que me pasa? ¿Qué tengo que ver yo en lo que me pasa?

Antes de esto, es el tiempo de las entrevistas, tiempo no determinado por la cantidad de éstas sino por el contenido de las mismas, en las cuales, el analista con su escucha, preguntas, señalamientos, trabajará para que una pregunta aparezca y la transferencia se instale.

En las entrevistas la paciente se quejaba. De su "*aburrimiento*", los otros eran los culpables, los hijos, el marido, los padres, que le pedían muchas cosas que ella se ocupaba de hacer por ellos; ella era objeto de...

En una ocasión me pidió que le diera antidepresivos - "*para estar más contenta*"-dijo. Escuché este pedido, como una demanda, parecida a la que le hacía a los cirujanos; y le pregunté por qué nombraba a lo que le pasaba como depresión y en ese caso, que creía que la "*deprimía*". La pregunta todavía estaba de mi lado, ella demandaba. Me colocaba, sin saberlo, en el mismo lugar que a sus grandes Otros, que dejaban su deseo "*eclipsado*".

En tiempos en que las enfermedades psicosomáticas y patologías del impulso como automutilaciones, adicciones, anorexia y bulimia son consulta frecuente, donde el cuerpo aparece constantemente puesto en riesgo, el chat, los tatuajes y las cirugías estéticas dominan la escena.

Paradojal parece a una primera aproximación que el cuerpo, ese que se sus trae en el chat y permite escribir lo que no se dice frente al cuerpo del otro; es a su vez el escenario donde las más diversas manifestaciones acontecen, aparecen, como disociadas del sujeto que lo habita.

Un alto porcentaje de las consultas a médicos generales en los consultorios de atención primaria son por las llamadas "somatizaciones"; sin embargo, la histeria, ya no figura en el D.S.M.IV.

"Si el cuerpo se mete es porque algo falla en el corazón de la lengua"
(Assoun.1998, p.239)

El dispositivo analítico propone un tratamiento que subvierte la predominancia del tratamiento del cuerpo como objeto, allí donde éste aparece como disociado del lenguaje inconsciente.

Propongo pensar aquí que las cirugías estéticas reiteradas muchas veces pueden ser actings, pedidos de un lugar en el otro actuados, en las cuales finalmente pasa lo mismo que en las patologías del impulso, automutilaciones, adicciones, obesidad, bulimia: la pulsión domina.

(Freud usaba el término "agieren" para los actos dirigidos al otro fuera del análisis.)

Cuando el cuerpo (y el yo) enferma- fenómenos psicosomáticos.

Tomaré los fenómenos psicosomáticos como paradigma de situaciones en las cuales el cuerpo aparece sin mediación del lenguaje, haciendo un paralelo con las otras ya mencionadas.

"El cuerpo es un lugar de goce y una lesión de órgano es un modo particular de gozar" (Nasio. 1996, p.155.)

Acontecimientos traumáticos de la vida, de esos en los cuales tenemos la sensación de que nos pasó un tren o una aplandadora por encima son los que habitualmente se puede ubicar a posteriori en entrevistas con quien presenta una enfermedad psicosomática que "de repente" apareció en su cuerpo, como una marca, impronta en lo real. Situaciones que llegan al sujeto, sin un tiempo de "ver" y menos de comprender lo que le está ocurriendo. Duelos, separaciones, no advertidos en el momento de las pérdidas.

Situaciones que provocan "pavor", que Freud define como impacto traumático sin angustia.

Hay algo que pasa directamente a cuerpo, agujereándolo, marcándolo. Podemos homologarlo a un acting-out producido en el cuerpo.

Lacan toma el experimento de Pavlov para referirse a la psicosomática al abordar el tema de la constitución del sujeto en el campo del Otro, cuando quiere enfatizar el aspecto “constitutivo” de la “función del Otro”. (Nos constituimos como sujetos gracias y a pesar del otro). El infans llega prematuro al mundo y depende de Otro para sobrevivir, quien lo va “marcando”. Es otro el que interpreta cuando tiene hambre o frío. Aún no hay un sujeto que pueda interrogar la demanda que le es impuesta.

O sea, Lacan hace una comparación entre: -1) Pavlov, el perro y su respuesta ante la campana, que al final es independiente del hambre; con -2) El Otro y el infans que responde con un goce específico del cuerpo, con una marca en el cuerpo. Resalta el momento de la imposibilidad de interrogar los significantes del Otro, donde el infans queda “perplejo”.

En la clase 5 del seminario de “La Angustia” Lacan menciona la “*perplejidad orgánica*” (Lacan, 12 de diciembre de 1962). Se trata de una situación imposible de resolver donde “*el perplejo*” queda congelado, expuesto a una elección extrema sin poder decidirse, entre dos amos que le demandan. -“¿Alimento ó campanas?, ¿La bolsa ó la vida?”. (Lacan 1964)

Este primer momento de perplejidad se descongela en el viviente cuando se separa de los significantes del Otro para producir un significante propio, apareciendo el sujeto del inconsciente, cor-

tando así el ciclo de la repetición, y evitando la lesión.

O sea, si el sujeto puede interrogar la demanda que le es impuesta por los padres, los ideales de la época, la cultura, los grandes Otros, podrá comenzar el camino de la pregunta sobre su deseo, y tener un grado de elección y libertad (el posible).

Clínica- Tiempo de entrevistas **La clínica, siempre la clínica.**

La paciente de la que hablaba anteriormente podría parecer inanalizable. Al venir ella en posición de objeto, hablaba poco, dejaba al analista en la posición de interrogación, esperaba que le preguntara para contestar. Pero venía... tiempo de entrevistas.

Hasta que en un momento, luego de una intervención en relación al postoperatorio de la próxima cirugía, se “olvida” en mi consulta los análisis clínicos que tenía que llevar al cirujano, por lo cual no va...no va más y hay un viraje en su discurso. Comienzo del análisis.

En las situaciones clínicas nombradas, la dificultad clínica del análisis, que no es lo mismo que de entrevistas; es que no hay síntoma en el sentido psicoanalítico del término. No hay pregunta dirigida al otro, no hay angustia, ni formaciones del inconsciente; por lo tanto la transferencia no se establece fácilmente. El cuerpo aparece como lugar de goce, y el sujeto se presenta como objeto. Viene porque lo manda el médico en las enfermedades psicosomáticas, por-

que los padres le piden en las automutilaciones en adolescentes, o por cualquier otra cosa que les preocupa que no es la obesidad, ni el alcoholismo, ni mucho menos las cirugías.

En la dirección de la cura, en este primer tiempo en pacientes con impulsiones y con fenómenos psicósomáticos; y sin olvidar el “caso por caso”, creo que habría que centrarse en:

- 1) La escucha atenta del discurso del paciente, en darle un lugar.
- 2) Favorecer la enunciación de algún motivo de consulta propio, más allá del deseo de algún otro de que se trate.
- 3) Señalar los significantes que se repiten.
- 4) Favorecer las asociaciones en relación a su historia.
- 5) No interpretar, porque no hay posibilidad de metaforizar en este momento.
- 6) Ni prohibir, porque lo que de algún modo reclama es tener un lugar en el otro.
- 7) Se puede intervenir del lado de la sanción simbólica, en la línea de favorecer que se responsabilice por lo que está haciendo.
- 8) Lacan dice en la conferencia de Ginebra: *“Es por ese sesgo, por la revelación del goce específico que hay en su fijación como siempre debe tenderse a abordar al psicósomático”*. (Lacan 1975, p.139). Se trataría entonces de poder abrir una interrogación sobre el goce.

Propongo que así como - el Perro no podía interrogar al investigador, -el

infans no puede interrogar al otro primordial, -en las impulsiones no podría interrogarse al Otro, y - en las cirugías al Otro de los mandatos culturales que hay que obedecer.

Decía al comienzo “El otro, el gran Otro de los ideales culturales es el que comanda, sin lugar para la interrogación subjetiva”.

Interrogación que en el caso de la paciente comenzó con la lectura del lapsus bajo transferencia. ¿Quiero hacerme la próxima cirugía, la deseo, tanto como para soportar el quirófano, los efectos del postoperatorio en el cuerpo? ¿La desea? ¿O está más del lado del goce pulsional, de la ilusión de cuerpo perfecto que “hay que tener” con el cual se imagina que va a volver a ser deseada por su marido? ¿Qué desea? Pregunta que desplegó en el análisis...

Lo que habría que diferenciar aquí es “las ganas” del “deseo”. Las ganas van del lado del goce y de lo pulsional; mientras que el deseo, del lado de la ley y la castración. El saber del analista también es el saber hacer del corte. El **corte** está del lado de la ley que relanza el deseo. ¿Será que al faltar el **corte** de la ley, se pide, se busca otros **cortes**, automutilaciones, cirugías?

Y al final, volviendo a la pregunta del comienzo

Partí por la pregunta por el quehacer de los analistas ante la clínica de nuestros tiempos. La respuesta es simple: **Anali-**

zar. Manteniéndonos en la ética de la posición del analista, creyendo en el dispositivo, no dogmáticamente, sino por los efectos que en uno mismo tuvo el desciframiento de la asociación libre ligada a la interpretación, y por los efectos que ésta tiene en cada uno de nuestros pacientes.

Sólo por los efectos, es decir, por cambios en los síntomas de los cuales el paciente sufre, en su posición en relación a otros, sabemos si el dispositivo funciona. Es decir, no buscamos todo el tiempo la desaparición de los síntomas, pero si estamos escuchando desde la posición del deseo del analista, favoreciendo las asociaciones, la cura viene por añadidura.

Analizar, tarea imposible de sostener sin ética, sabiendo que al final de la travesía caeremos como *desecho*, decía Lacan. El acto analítico es el único acto en el cual el beneficio del acto no vuelve al agente del éste. En el acto analítico el beneficio del acto es para el analizante, no para el analista.

Colette Soler decía en una conferencia en Buenos Aires que no hay beneficios para el Nombre del analista, no se hace famoso con su acto y que esto quizás es algo más difícil de soportar para los analistas ahora, en el discurso capitalista actual que 100 años atrás.(2004)

¿Qué queda del lado del analista? Algo que queda del lado del analista son las

monedas que recibe a cambio, por eso la importancia de establecer un pago, simbólico, por esta praxis. No es por amor...ni tampoco por dinero. ¿Por qué és? ...Tema de otro trabajo...

En el empuje al éxito, la inmediatez imperante en la actualidad estamos inmersos también los analistas. Somos sujetos que vivimos en la misma cultura, la misma época que los que analizamos.

En este fin de milenio, con el auge de las terapias alternativas, Rumpis*, avatares económicos, avances científicos y tecnológicos escuché en distintas oportunidades y países planteos en relación a cierta posible declinación de demandas de análisis. Creo que es posible que si este es el tipo de pacientes, la demanda de análisis como tal no esté dada de antemano y sea labor nuestra, de los analistas, no caer en la cultura de la satisfacción pulsional inmediata y sostener el tiempo de entrevistas de acuerdo a la atemporalidad del inconsciente y hasta que algún indicio de sus formaciones aparezca.

Aprendí de mi praxis que el saber hacer del analista tiene que ver con saber hacer también con esta clínica psicoanalítica del "*Malestar en la Cultura*".

¿Analizantes en extinción? No creo. Si los analistas soportamos el lugar de objeto causa de deseo y la soledad del acto analítico, analizantes seguirá habiendo.

*Rumpis: Plural de Rumpi, conductor de un popular programa radial chileno; al que la gente llama contando sus "dramas".

BIBLIOGRAFÍA

Assoun, Paul Laurent. 1998. *Lecciones Psicoanalíticas sobre Cuerpo y Síntoma*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión.

Freud, Sigmund. 1912. *Sobre la dinámica de la Transferencia*. En *Obras Completas*, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1980).

– 1912. *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. En *Obras*

Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1980).

– 1913. *Sobre la iniciación del tratamiento*. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). . En *Obras Completas*, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1980).

– 1915. *Pulsiones y destinos de Pulsión*. En *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1979).

– 1915. *Lo Inconsciente*. En *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1979).

– 1930(1929). *El Malestar en la Cultura*. En *Obras Completas*, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores. (Edición 1979).

Lacan, Jacques- 1957-58. *Las Formaciones del Inconsciente*. El Seminario, Libro 5. Buenos Aires, Paidós, Edición 1999. (Título Original: *Les formations de L'inconscient*. Le Seminaire de Jacques Lacan. Livre V. Editions du Seuil, 1998)

– 1963. *La Angustia*. El Seminario, Libro 10. Buenos Aires, Versión Completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. (1989)

– 1964. *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. El Seminario, Libro 11: Buenos Aires, Paidós, Edición 1986. (Título Original : *Les Quatre principes fondamentaux de la psychanalyse*. Le Seminaire de Jacques Lacan. Livre XI. Editions du Seuil, 1973.)

– 1967-68. *El Acto Psicoanalítico*. El Seminario, Libro 15. Buenos Aires, Versión Completa de la Escuela freudiana de Buenos Aires.

– 1975. *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*. Intervenciones y Textos 2, Buenos Aires, Ediciones Manantial. Edición de 1988.

Nasio, Juan David. 1996. *Los gritos del cuerpo. Psicosomática*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

Juego y estrategia en el abordaje de los púberes*

Ana María González de Olagaray

El abordaje psicoanalítico de los púberes es considerado más difícil que el de sujetos de cualquier otro grupo de edades¹. La falta de una respuesta susceptible de abrir el juego del análisis, lúdica o verbalmente, es una queja frecuente, cuando no una causa de que el analista desista o fracase.

El púber ya no cabe en la técnica usual de juego infantil, ni puede todavía acceder más que fragmentariamente a la de los adultos. Esta dualidad técnica² resulta, en mi experiencia, insuficiente. Si bien los púberes requieren ambas modalidades, solamente pueden hacerlo si el proceso ya está instalado o no se presentan dificultades; entre éstas, quizás la más frecuente, es justamente la imposibilidad de conseguir de parte del púber una actitud que permita poner en marcha el análisis. Ya no responde a la coerción³, ya no es dócil para concurrir al tratamiento.

Es al problema de las dificultades para el establecimiento de un proceso analítico en los púberes al que quiero referirme en esta comunicación.

Todos sabemos que el desarrollo puberal

irrumpe bruscamente, y que constituye un momento vital de alta turbulencia: la vivacidad pulsional, que recuerda la de la primera infancia, es muy difícil de procesar para el púber; se trata de un momento disarmónico, física y mentalmente, con intensas vivencias que bordean el extrañamiento y la despersonalización y dificultades en el re-conocimiento del propio cuerpo; campean las dudas sobre la identidad, particularmente la sexual. Tenemos bastantes conocimientos respecto a las características psicológicas de la pubertad, aunque haya diferencias en las perspectivas y la terminología⁴, que no voy a considerar ahora.

Antes de abordar el tema central, deseo detenerme en una descripción de la situación emocional y mental de los púberes, pegada a la clínica; es decir, tal como la he observado.

El niño de la latencia, comparativamente seguro, en su mundo acotado, parece verse precipitado a un nuevo nacimiento. Los cambios somáticos ejercen su imperativo -y antes de que lleguen, la expectativa y el deseo de ellos- sobre un cuerpo, que el púber tiene que em-

* Este trabajo fue presentado en el VII Congreso de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), Santiago de Chile, 2004.

¹ A. Aberastury (1977, p. 35) dice que «Los análisis en la pubertad son los más difíciles de realizar.»

² Ver página 2. ³ Ver página 2. ⁴ Ver página 2.

² M. Klein (1932, p. 221) dice que «... el analista, además de estar completamente entrenado en la técnica de los análisis tempranos, debe poseer el dominio total de la técnica empleada en los análisis de adultos.» Coincidentemente, A. Aberastury recomienda «... no emprenderlos hasta no tener suficiente experiencia en análisis de adultos y en análisis de niños pequeños, porque presentan las dificultades de ambos.» (1977, p. 35)

³ Esta afirmación es meramente descriptiva y no valora ni la conveniencia de la coerción, ni el hecho de que las pautas culturales y familiares que la regulan han cambiado.

⁴ Entre los psicólogos, M. Debesse, por ejemplo, habla de la ruptura del «equilibrio físico y mental de la infancia», en la «prepubertad», crisis que desemboca en el «trastorno pubertario»; cita a P. Mendousse, que habla de «vida convulsiva», y a Ch. Bühler, que se refiere a un «período negativo» (págs. 11-13). Entre los analistas, Aberastury (1971, págs. 15-41) habla genéricamente de la adolescencia, lo mismo que Pérez T. (1977), que señala las variaciones terminológicas (p. 168), y Garbarino y Macedo (1990), que no obstante señalan fenómenos típicamente puberales, como no querer crecer (p. 39) o la pérdida de la identidad infantil (p. 51). Otros analistas consideran más explícitamente a la pubertad no sólo como la época de los grandes cambios corporales, sino como un momento emocional específico: M. Klein (1932, cap. V) ; A. Freud (1936, caps. XI y XII), aunque en 1949 (cap. XIII), habla de las perturbaciones que marcan la «...transición del período de latencia a la preadolescencia...» (p. 196). En 1958 revisó las contribuciones al análisis de la adolescencia, incluyendo los suyos de 1936. P. Blos en 1962 se refiere a la adolescencia como los aspectos psicológicos de la pubertad, y más tarde dedica un libro (1970) a los comienzos de la adolescencia. Lustig de Ferrer (1971, págs. 213-222) se refiere al pasaje de la latencia a la temprana adolescencia, reseñando los rasgos más notables de la pubertad. Winnicott mantiene el término «pubertad» como una referencia a los cambios físicos, aunque señala la tensión que crea la espera de los mismos (1986, págs. 188-89). Gutton, (1991) propone la denominación de «lo puberal» para caracterizar el costado «psicológico» de la pubertad (p. 9); dice también, afirmando a lo puberal como autónomo y no una mera derivación de los cambios corporales, que «el trauma sería al mismo tiempo obra de los padres y del cuerpo púber» (p. 89). También sostiene una tesis semejante Barredo (1991, págs. 469-84). Queda la impresión de una oscilación en la terminología: en los comienzos, se hablaba de los conflictos psicológicos de la pubertad; después se prefirió incluirla en la adolescencia y hablar de los comienzos de ésta. En los últimos tiempos, parece volverse a hablar de pubertad.

pezar a conocer. La intimidad emocional, vulnerada por el acoso de sí mismo y de los otros, resulta intolerable. El ya no tan niño, se torna por momentos verborrágico y extravertido, o extremadamente volcado hacia su interior. Solitario, recorriendo territorios que los adultos sospechamos imposibles de alcanzar y que sólo podemos respetar. Puede huir a la acción, siendo el mundo exterior hostil, aburrido o desagradable; o encerrarse en su interior intolerable.

Para el púber, el mundo adolescente contiene la esperanza -muchas veces desesperada- de poder sentir que “todo esto ya pasó, todo es ahora exitoso y fácil”; es un mundo anhelado e inalcanzable. El tránsito incierto, genera una aguda humillación-excitación y desamparo-confusión. En esas extrañas zonas de frontera, hostiles tierras de nadie, es donde el púber debe resolver las antinomias niño-adulto, femenino-masculino, dependencia-autonomía, mismidad-sociabilidad, intimidad-exterioridad. Requiere, para cumplir esta tarea, un espacio mental con el que raras veces cuenta; y que debería ser tan amplio como el que necesita, en el exterior, para su corporalidad, que también trata de encauzar y organizar, no siempre acertadamente.

La vivencia de desamparo, si bien puede hacerse mayor frente a una realidad exterior desfavorable, se genera también a partir de la precariedad para enfrentarla. La confusión que tiende a expresarse por los términos extremos del proceso, adulto-niño, lo hace sentirse como

dando un salto en el vacío, desvalido y con una vivencia intensamente catastrófica.

Es llamativa la simultaneidad en que se dan las contradicciones. La precipitación y poca tolerancia a la espera convierten lo que deberían ser conflictos de opuestos consecutivos, en paradojas y aporías. El mensaje opuesto y simultáneo -al perder la postergación implícita en la condición secuencial del pensamiento- hace surgir, con frecuencia, un estado como de perplejidad, en ocasiones de estupor. En su costado social, es lo que comunmente llamamos “edad del pavo”. El día que cumplía 12 años, un púber se había recostado en un sofá del living de su casa, mientras profería -repetidamente- extraños sonidos; su hermana dos años mayor dijo: “mira, mamá, como grazna ... acaba de entrar en la edad del pavo”; todos se rieron, incluido el aludido.

Esta observación nos introduce en una zona peculiar de la pubertad, la que guarda relación con el funcionamiento intelectual. Se trata de la única edad de la vida en la que parecemos tener permiso para ser tontos, “pavos”, estúpidos. Quizás por el peso innegable de su torpeza y sus dificultades para pensar, lo cierto es que -aunque no siempre, porque hay casos en que la humillación es tan grande que no pueden hacerlo- el púber habla con mucha mayor soltura que las personas de otras edades de ser “tonto”, “estúpido”, “huevón” o “boludo”; denominaciones que también usan las mujeres. También usan frecuentemente esas

categorías “diagnósticas” para calificar a los otros, a los que muy a menudo buscan hacer ocupar el lugar de tales; a veces, con gran agudeza y hasta sutileza. Es que, junto con el estado de atolondramiento y perplejidad, se ha producido en el púber un importante desarrollo intelectual, que le permite acceder a zonas del pensamiento metafóricas, abstractas, desconcretizadas, a las que antes no podía llegar. De manera que está jugando permanentemente tanto con nuevas posibilidades intelectuales como con su atascamiento⁵, y presta especial atención a los aspectos lógicos del pensamiento. En este orden, son a veces mucho más lúcidos que los adultos para reconocer el significado profundamente estúpido de nuestra característica “viveza”: Gustavo, de 14 años y pronto a entrar en la adolescencia, todavía virgen, dice un día: *“como me decís vos, me pasé con la dosis de vivarachol y me fue mal; le dije a la Ceci: ‘yo a las minas me las hago hilacha’; me contestó ‘qué estúpido que sos’ y se fue a bailar con las amigas...”*.

La modalidad onnipotente del púber se ve abonada fuertemente, como contrapeso al desvalimiento y el miedo que le producen tanto el mundo exterior como el interno, cuyos límites son difusos. Este miedo lo hace aferrarse a su grupo, sometién dose, a veces aún a costa de grandes desacuerdos. La rebeldía anti-adultos, la puerilidad y estupidez, hacen frágiles a estos grupos que no lo sostienen verdaderamente. Quizás esta

sea la razón por la que, en esta crisis con cualidades caóticas, el púber acepta y muchas veces busca la compañía de ciertos adultos, que considera confiables, cuando logra sentirse comprendido y no presionado.

Los padres se quejan del hijo que ya no les cuenta “sus cosas”, como antes; es que está muy ocupado en precisar sus estados de ánimo y emociones; y si es muy crítico con sus padres, no lo es menos consigo mismo. A los padres no les es fácil advertir que, en realidad, ellos mismos tampoco esperan, en el fondo, respuestas infantiles; que están -además de temerosos- ansiosos y deseosos de que el niño crezca, y lo empujan y ayudan a que se precipite en la pubertad. El problema se hace más complejo cuando ellos deben afrontar, simultáneamente, alguna crisis vital, como la de la edad media de la vida. He podido observar frecuentemente esta conjunción.

La pubertad es, reconocidamente, un momento altamente significativo en sí mismo, donde los conflictos emocionales difieren de lo anterior y de lo posterior. Oscurecidos como pueden parecer a primera vista por la magnitud imponente de los cambios corporales, estos conflictos indican una permanente interacción con los cambios corporales, y en modo alguno sólo una derivación de aquellos; porque, para que se desencadene la pubertad, es necesaria una disposición emocional y mental proclive a alcanzarla, una expectativa que la de-

⁵ A. Freud (1936, págs. 174-81) señala el aumento de las aptitudes intelectuales y también su uso defensivo en los púberes.

sea, y que incluye a los padres, por más ambivalencia que haya. Por lo demás, todo lo que tiene que ver con las imponderables relaciones mente-cuerpo, es un territorio tan fascinante como poco conocido.

Por otra parte, es llamativo que, existiendo considerables evidencias de su perfil característico y distintivo, se haya trabajado tan poco en el psicoanálisis en la problemática del púber, algo reiteradamente señalado en la literatura. La misma escasez se ha referido muchas veces respecto a la adolescencia, pero es mucho más marcada respecto a la pubertad. La conjunción puberal es una organización conflictiva que, como nos muestra la clínica, es susceptible de desencadenarse o mantenerse en relación con los cambios corporales, pero no en una correspondencia lineal. La pubertad, en un sentido psicológico, debe considerarse en sí misma, liberándola de los límites que el punto de vista biológico indica. Una niña de 10 años, por ejemplo, desarrolla episodios subagudos de angustia, desconcentración, disminución del rendimiento escolar y marcada abulia, a partir de su preocupación por la falta de desarrollo de sus "lolas" (pechos), siendo que ellas son notorias en media docena de sus compañeras de la misma edad. Otra paciente, severamente perturbada, presenta la conflictiva típicamente puberal largamente por encima de los veinte años.

Uno tiene la impresión, además, de que

hay una persistente tendencia hacia una mayor precocidad en el desencadenamiento de la pubertad, correlativo a una latencia más breve. Obligadamente, este hecho⁶ hace más agudos los conflictos.

Del desenvolvimiento de todas estas vicisitudes, de la medida en que el púber sea capaz de estabilizar su fluctuación entre momentos de secreta o abierta desesperación y de optimista aceptación de sí mismo, surgirá el adolescente.

En este tránsito, el púber considera zonas menos conflictivas (incluyendo una buena dosis de idealización) a la infancia y a la adolescencia bien instalada. Añora, con intensidad variable, la primera; y ansía la segunda, muy idealizada. Tiene, por sus padres, una idea de qué es un adulto; pero la adultez es un territorio todavía demasiado lejano, y los adultos son "viejos".

La accesibilidad del púber a la idealizada adolescencia, parece estar cargada de un marcado predominio de lo ominoso. Quizás este es el momento vital en que es más clara la superposición entre lo más íntimo y familiar con lo más siniestro y temido. Nada siente el púber más difícil e inaccesible que el estado de los que, desenvueltamente y en forma que cree libre de conflictos, han alcanzado cierta estabilidad. Aunque se considera consensualmente que la pubertad es el comienzo de la adolescencia, son dos momentos tan diferentes⁷ que me parece importante remarcar al sub-conjunto

⁶ A. Aberastury señalaba, ya en 1971, (p. 22) este fenómeno.

⁷ Gutton (p. 14) habla de la «desinvestidura adolescens», que caracteriza como una segunda latencia.

puberal, para resaltar la diferencia con lo que antes llamé “adolescencia bien establecida”. Los adolescentes, en general, ya no son disarmónicos; por el contrario, conforman el ideal de la belleza juvenil; son, además, los que pueden “salir” sin permisos conflictivos, límites “infantiles” o peligrosas faltas de ellos; los que pueden tener relaciones sexuales y hacer parejas más o menos satisfactorias; los que parecen seguros y exitosos. El contraste puede observarse, por ejemplo, entre los alumnos que inician la secundaria, y los de los cursos superiores, que ya pasaron los ritos de iniciación y pagaron el derecho de piso.

Volviendo al problema técnico⁸, es claro que, en la intersección entre el niño que ya fue, el adolescente que anhela ser, y las presiones adultas, el púber se torna en la práctica clínica un verdadero desafío.

Es necesario, entonces, considerar cuidadosamente las fisuras posibles. Porque si bien hay un fuerte impulso del púber a “zafar” huyendo, ya que cuesta que nos acepte en sus “sueños”, es conveniente recordar que la introversión lleva a descubrimientos fecundos, y que en la crisis también opera el deseo de crecer. Vale la frase de Winnicott: “es estupendo estar escondido pero desastroso no ser encontrado.” (1963, p. 226). El púber suele abroquelarse en juegos que pueden ser para el analista

repetitivos o sólo resistenciales, en los que es difícil encontrar la fisura que permita establecer un verdadero juego psicoanalítico. La repetición estereotipada -una práctica que si es aceptada sin límite por el analista es iatrogénica- oculta un territorio estrechamente oprimiente e inabarcablemente enorme a la vez. El momento y la forma como el analista puede intervenir exitosamente dependen de su habilidad y de la convicción que consiga transmitir al púber de que existe alguna alternativa mejor que la repetición desesperanzada.

Hay que contar, además, con un sentimiento de humillación muy intenso, ligado a la percepción que el púber tiene de sus dificultades, y que lo hace mucho más propenso a negar/actuar su realidad insoportable, que a afrontarla introspectiva o reflexivamente.

Señalé antes que, no obstante el alto nivel crítico, buscan acercamientos con adultos si no se sienten presionados, y esta es una vía que puede llevar a la confianza en el analista.

El tiempo que el terapeuta necesita para dar una interpretación es muy distinto al que requiere la ansiedad de los adultos por recuperar al chico “bien adaptado” de la infancia. Y es crucial, a la vez, que tanto los padres como el analista puedan captar la crisis como algo normal, propio de la edad. Es decir, hay que estar ampliamente dispuestos a trabajar

⁸ Son pocos los trabajos que se refieren específicamente al tratamiento analítico de púberes, y menos los que abordan los problemas técnicos. Se destaca el de Salas (1973), con muchos de cuyos criterios coincido. También estoy de acuerdo con Roitman (1999), en el sentido de la importancia de la pubertad en la constitución de la subjetividad.

también con los padres; y no sólo para que resuelvan su añoranza del niño “bueno”, sino para que puedan reconocer que también quieren que el niño deje de ser niño.

La competitividad es muy intensa en la pubertad, y los resultados adquieren dimensiones extremas. Si el púber pierde, se siente tonto; y, si gana, triunfante, coloca al terapeuta en ese lugar. Ya señalé el lugar central que ocupa el problema de ser o no “inteligente”. Estar atento a esta problemática es importante, porque si esta longitud de onda es pertinente, podemos convertirla en una eficaz vía de abordaje.

El espejo es algo absolutamente imprescindible; varón o mujer, el púber necesita verificar su imagen, su postura; comenta lo que le agrada o desagrada de su cuerpo y también suele preguntar: “¿eso es normal, no soy un tonto por mirarme tanto al espejo?” o “¿soy una nenita, que me paso mirando al espejo?” Si uno les responde claramente que necesitan verificar su aspecto físico porque tienen que organizar de una manera real su nueva imagen corporal, así como tienen que organizar su propia historia, se alivian profundamente; y este alivio les permite ir construyendo una definición más auténtica de ellos mismos.

J. me decía: “yo miro mucho a los hombres en las películas, más que a las mujeres, ¿esto es porque soy un

poco raro?” Cuando le digo que para ser varón necesita mirar a otros varones y que esto no significa ser “raro”, la respuesta es tan prometedora como una interpretación profunda en el momento adecuado; porque legitima la inclusión de materiales de otro modo excluidos. Y si, en situaciones como ésta, interpreto “en profundidad”, lo que consigo es aumentar la resistencia. El primer requisito para que el proceso se ponga en marcha es que el púber adquiera una mínima aceptación de lo que le pasa, y ofrece una fuerte resistencia si recibe una interpretación fuera de timing; de igual modo reaccionan frente a los maestros o padres autoritarios; y pueden sentir un odio sórdido frente a lo que sienten una injusticia o incompreensión por parte de un adulto. No obstante, pueden justificar hechos similares en su grupo de pertenencia; en parte por una especie de solidaridad coetánea, y también por temor a ser discriminados. Estas últimas reflexiones aluden, obviamente, a las dimensiones metafóricas de la necesidad del espejo. Porque el púber necesita, más que un analista muy activo, hábil y rápido, un “espejo” capaz de tolerar durante bastante tiempo ocupar el lugar del tonto, del malo; tolerar la transferencia negativa, en resumen, en lugar de intentar “re-introyectarla” inmediatamente. El púber, proyectivamente, va mirándose, aunque sea furtivamente al principio, en el espejo del analista. Y, lejos de “re-introyectar” de un modo verbal e intolerable, lo que verdaderamente introyecta es, en definitiva, la paciencia, la tolerancia y la lucidez final del analista que puede conte-

ner verdaderamente.

Si los juguetes han sucumbido sin reposición, y la orilla verbal de la adolescencia todavía no es plenamente accesible, ¿qué alternativa existe? Bueno, la que los púberes mismos me mostraron, a través de una larga serie de ensayos; tal vez poco sistemáticos desde el punto de vista de las técnicas ritualizadas, estos ensayos, en mayor o menor medida, se repiten con cada nuevo caso.

Ofrezco al púber una caja de juegos diferente a la de los niños, porque excluye los muñecos/as y otros materiales muy infantiles; contiene los recursos gráficos tradicionales y plastilina; además, piezas para armar tipo "Lego", muñecos del tipo "power rangers", "Pokemon" y semejantes; incluyo también en el consultorio un estante con libros de cuentos, desde los clásicos "maravillosos" hasta Harry Potter, y un espejo de pared. Y les pido que traigan de su casa el o los juegos que más les gusten, con la libertad de dejarlos o llevarlos y traerlos.

Me ha resultado sorprendente que los púberes no utilicen la caja, sino que, las más de las veces, traigan sus juegos. Y traen naipes, dados y por supuesto figuritas; pero, más que nada, juegos como el "Monópolis" (un juego de organización de ventas, apoderamiento y control de territorios y bienes raíces); el juego "de la tía Agatha", (que es un juego de mentiras, sospechas y engaños); el juego "de los indicios", el dominó, o "Es-crúpulos".

Son juegos distintos de los infantiles; y parece que, con sus características también transicionales -es decir, de un territorio en el cual se puede depositar/proyectar una conflictiva que de ese modo preserva más al púber y al analista- se adecuan a la práctica con los púberes.

Son juegos con reglas formales, que tienen carácter "estratégico"; es decir, hay que desarrollar un plan general, que supone poner distintos factores bajo control, luchar y encontrar formas de ataque y defensa adecuadas. El estudio de los juegos de estrategia se llama, asimismo, "*ciencia de conflictos*" (Ferrater Mora, p. 1820). Es obvio que tomo la denominación, sin pretender asimilar lo que trato de decir a los juegos matemáticos altamente formalizados.

En estos juegos resaltan los aspectos lógicos implícitos en la estrategia: hay que considerar diferentes datos y circunstancias, se toman decisiones, y se busca algún grado de formalización lógica. Las interpretaciones de los contenidos o fantasías involucradas y puestas en juego son generalmente bien recibidas (quiero decir, tomadas en cuenta, independientemente de que se las acepte o rechace); o sea, sirven para "abrir el juego", para poner en marcha el proceso. Me parece que esto es así (más allá de que a toda interpretación subyace una lógica) por el elemento formal y explícito de la formulación en términos "lógicos". El púber acepta de buen grado un sostén donde la lógica es considerada clave y, por lo tanto, es ex-

plícitamente reconocida su capacidad para discernir y pensar, en oposición al trato que se da a los niños, que sienten centrado en el porque sí, es decir en la obediencia.

El púber encuentra un gran placer en el pensamiento racional, que lo alivia y ordena su caos interior. Cuando toma conciencia de que la capacidad para el razonamiento es una operación de su mente cuyo control posee, se siente tan feliz como el bebé que comienza a caminar.

Quizás los temores del púber sobre la capacidad de su "cabeza", la intensidad vivenciada del peligro de la locura, les hace valorar particularmente ser tratados de una manera "lógica" y se aferran, como un modo de supervivencia emocional, a sus recursos lógicos, racionales. Al mismo tiempo, como señalé antes, el juego es desplazado a un territorio en el que el bloqueo o las necesidades maníacas son menores. Y creo importante dejar que ellos traigan el juego, y que no imponérselo (es decir, no imponerles la restricción implícita en la caja de juego), hace justicia al sentimiento de que ya no son niños, que son capaces de elegir, que también en ese aspecto deben ser respetados. He visto asimismo que tanto que traigan o no estos juegos, y que los dejen o lleven, es significativo y tiene un sentido cuya interpretación enriquece el tratamiento. Incluso, en ocasiones, el púber nombra un juego, que luego no trae nunca, pero que deja una pista que marca una posibilidad de aceptación. Porque más allá

de los dispositivos concretos, he podido observar, invariablemente, la importancia de poder establecer un juego.

Quiero ahora presentar viñetas del comienzo de tres tratamientos, para ilustrar mis puntos de vista.

En Fabián (13 años), la crisis puberal irrumpe con un despliegue dramático. En primera instancia, parece que el alumno modelo, que satisfacía plenamente a sus padres, se ha transformado de pronto en un chico obsesionado por sus fantasías eróticas, que lo satisfacen y aterran al mismo tiempo. Encerrado, como en un sistema adictivo, en la masturbación compulsiva, se siente paralelamente muy amenazado por la idea deliroides de convertirse en "gay" o volverse el diablo. Deja de jugar: *"ayer me puse a jugar con el C. a los power rangers, y ya no me gustan más los muñecos; sentí como que nada, no nos decían nada, los guardamos y nos pusimos con la compu..... antes jugar con los muñecos era fantástico... yo los coleccionaba de a miles... si yo quería ser Superman, era Superman mi cama podía ser una montaña, o mi cuerpo un puente y abajo un río ahora no sé ¿vos me asegurás que no voy a ser gay, que eso es imposible? ... ¿sí o no voy a ser gay?"*; todo esto dicho con llorosa y extrema ansiedad, con la mirada perdida; otras veces expresaba explícitamente su temor a estar volviéndose loco. Exitoso y competitivo siempre, mientras coleccionaba buenas notas acumulaba juguetes; probaba deportes que luego abandonaba; venía dise-

ñado para confundir el tener con el ser; sólo se sentía seguro, cuando le compraban inmediatamente cosas que elegía caprichosa y urgentemente. En estas circunstancias no es extraño que, de pronto, los conflictos con su propio cuerpo, en términos de su identidad de género; la vivencia de no sentirse ya niño y estar muy lejos de los grandes; la confusión entre mundo interior y mundo exterior; todos estos factores se dieran cita en una mente que no podía encontrar salidas más creativas. Empobrecido, tenía la apariencia de un zombi que lloraba. Afortunadamente pidió ayuda a los padres que, a pesar de la angustia frente a la situación, pudieron contenerlo y consultaron, ellos y Fabián. Al principio no podía ni jugar y sólo hablaba estereotipadamente, en los términos aludidos. Fui señalando, gradualmente, que se sentía vacío y sólo. Porque no tenía más los juegos que antes lo divertían, ni los amigos, que ahora le parecían todos tontos. Y que como siempre, al no poder esperar, no se daba tiempo para encontrar juegos de reposición que fueran gratos y divertidos. Ahora jugaba con ideas que lo asustaban mucho. Su cabeza pasó a ser el lugar donde omnipotentemente, él disponía roles, funciones y jugadas que lo angustiaban y confundían, sin poder ver que estaba jugando. Un juego que le resultaba peligroso y asustante, pero una manera de jugar. Este punto de vista -rescatar la dimensión lúdica- significó para él un giro, que le permitió la búsqueda de juegos que dieran salida a su situación. Comenzó entonces a traer un juego de cartas, "*las Magic*". En este juego hay cartas que

representan islas, pantanos, llanuras, etc. Otras tienen "poderes"; con motivo de explicarme el juego señala: "*gracias a que tengo un territorio, voy a tener mi ejército para defenderme y atacar*". Le interpreto en el sentido de su necesidad por determinar su territorio personal, su identidad e ir resolviendo sus confusiones. Pudo pasar a simbolizar jugando -en el espacio íntimo de la sesión- las situaciones difusamente internas, pero que estaban desplegadas en el mundo; así empezó a reducirse la confusión enloquecedora y pudo ponerse en marcha el proceso analítico.

En el caso de Ema (12), sus padres consultan -y la arrastran a que ella lo haga- preocupados por la acentuación de su mal carácter; temen que no sea una persona querida y la ven peleadora (en realidad es casi querulante y "justiciera"). Antipática, muy celosa de su hermana mayor y propensa a las somatizaciones, falta mucho a la escuela y no logra hacerse de amigas estables en ningún grupo; ha cambiado dos veces de colegio y actualmente, en séptimo grado, pretende un nuevo cambio; invariablemente, todas las otras chicas son tontas. En la primera sesión fue contundente: no le gustaron las cosas que había en la caja. Sacó con cierto desgano los ladrillitos y, como con desprecio, mientras va construyendo una casa, me dice que a ella no le gusta jugar, que prefiere conversar. Le digo que conversemos, pero no hace muchos comentarios y -mientras construye una casita rectangular, sin puertas ni ventanas- me cuenta que cuando sea grande va a ser arquitecta,

como su papá. Trata de guardar la construcción, pero no cabe en la caja. En sesiones posteriores -venía bajo protesta, si es que no se empacaba y faltaba- repite construcciones similares, hasta que pude mostrarle, primero, que las construcciones cerradas indicaban sus temores a ser penetrada o invadida en su intimidad; interpretación que pareció aceptar tácitamente, y respaldar. Después, pude interpretar que la caja despreciada representaba el lugar de los niños, donde sentía que ya no cabía.

Aquí se desarmó, por primera vez, y contestó a gritos y llorando rabiosamente que no era cierto, que no le gusta, que no quiere ser grande. Un tiempo después comentó que sólo le gustaba jugar con su perra, que había tenido cachorritos, y al juego de los "indicios". Dije que no podía traer la perra, pero sí su ternura cuando se refería a los perritos; y señalé que al juego de los indicios podía traerlo cuando quisiera, para que jugáramos. Nunca lo trajo, denotando claramente que no era jugándolo conmigo que le gustaba; pero empecé a usarlo como código metafórico; es decir, a valerme de los indicios, señalados como tales. Bastante después, con displicencia, como quien busca que pase la hora, dibujó un delfín, que denominó asesino, advirtiéndome formalmente que nadie podía acercarse ni meterse con él. No interpreté la transferencia negativa porque me pareció prematuro hacerlo. Algunos "toques", efectuados a modo de ensayo, produjeron espanto en ella, según dijo; pude observar que los sentimientos de humillación eran muy gran-

des y no parecía viable mostrarle la paranoia que la hace verme como el delfín asesino, que la va a arrancar de su "infancia maravillosa". Entendí claramente que me decía que, por el momento, debía conformarme con que me mostrara el delfín; curiosa figura, señalé, porque los delfines son tiernos y con una especial capacidad de comunicación. Insistió en que éste era asesino. Fue necesario un tiempo considerable, de varios meses, durante el cual la recolección de indicios parecía indicar, una y otra vez, que todavía no podíamos abordar al delfín, que la relación conmigo corría peligro si yo no la esperaba. Jugando como que jugábamos a los indicios, la relación se fue volviendo menos áspera; el interés por descubrir juntas nuevos indicios había vuelto a nuestros encuentros interesantes y hasta placenteros. Pudimos ir "adivinando" las cualidades peligrosas del delfín, hasta que ella sola empezó a reconocer en él cualidades que los otros chicos podían ver en ella. En determinado momento reconoció que cuando era "demasiado defensora de la justicia", se volvía «mordaz y peleadora», haciendo que los chicos se pusieran lejos de ella, y no cerca, como decía desear.

Pablo (10) consultó en un momento muy difícil de su vida; sus padres estaban divorciándose, muy conflictivamente; la consulta misma quedó incluida en la batalla y rápidamente se hizo evidente que el conflicto parental prematurizaba la pubertad. Es muy sensible y se emociona con mucha facilidad. No quiere venir al tratamiento, porque "acá vie-

nen las personas con trastornos mentales". Tiene muchas fobias e inseguridades y usa el juego compulsivamente, como descarga de la ansiedad. Cambia de juego bruscamente, pasando de autitos a figuritas o naipes, siempre muy rápidamente; se enoja mucho si no gana. Jugando al "cachipum", un juego simple, de competencia y azar, cuando he adquirido cierta destreza y puedo a veces ganar, me dice: *"ah! ... vos me ganás ahora, porque descubriste mi estrategia"*. Así que cambió, buscando ganar. Cada vez que logro descubrir su estrategia, para encontrar un sentimiento o emoción que quiere ocultar, señalo que teme me burle de él, pero que lo entiendo, porque a nadie le gusta perder (él siente que, con la separación, su padre perdió todo, y que su madre es la más fuerte, la ganadora). Esto parece hacerlo sentir un poco mejor. Gradualmente fue cambiando la calidad de sus juegos, que evolucionaron en la dirección de juegos más reglados, con estrategias más complejas, mediante las cuales se le hace posible abordar su conflicto central, ligado a la separación de sus padres. En resumen, el tipo de juego más reglado le permitió empezar a considerar el problema, del que antes no quería hablar; detrás del cual asoma el temor más acuciante, referido a la diferenciación sexual y a su identidad de género.

Para finalizar, quiero transmitir algunas reflexiones sobre la práctica psicoanalítica y el juego.

El juego tiene muchos significados, que distintas teorías han mostrado, y que no

cabe aquí discutir y valorar; aunque creo que algunas se hacen bastante evidentes en este trabajo. Otras quedan más en penumbra, como la medida en que es posible que el juego sustituya a la asociación libre. Cuestión ociosa, hasta cierto punto, porque me parece claro que nunca se puede prescindir de la asociación libre verbal, por precaria que sea.

Más bien me interesa destacar que la práctica psicoanalítica con técnicas lúdicas me ha llevado a plantearme la asociación libre y el análisis en su conjunto como un juego. Cada vez me parece más que el análisis puede evaluarse en términos de juego, aunque sea enteramente verbal. Los momentos en que un proceso analítico avanza, se detiene o retrocede se reflejan en la calidad de su dimensión lúdica.

El juego es una dimensión esencialmente humana, pariente del humor y la ternura; y el juego de las ideas es una de las cumbres a las que los hombres podemos acceder. Es cuando se pierde la dimensión lúdica que el paso a la acción deja escapar nuestros costados peores.

Hay un lugar en el psicoanálisis apto para contener los desarrollos teóricos, donde los analistas podemos jugar, con mayor o menor nivel de abstracción, tratando de hacer ciencia. Pero hay un lugar donde la comprensión de lo mental está en el contacto y la comunicación con el otro, un lugar donde las verdades se sugieren, donde arte, juego y conocimiento se conjugan: ese es el lugar de la práctica psicoanalítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, A.** y colab. (1971): *Adolescencia*. Buenos Aires, Kargieman.
- (1977): *Aportaciones al psicoanálisis de niños*. Buenos Aires, Paidós.
- Barredo, C. E.** (1991): Cambios en la pubertad. *Psicoanálisis Apdeba*, 469-84.
- Blos, P.** (1962): *Psicoanálisis de la adolescencia*. México, Joaquín Mortiz, 1971.
- (1970): *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- Debesse, M.** (1977): *La adolescencia*. Barcelona, Oikos-tau.
- Ferrater Mora, J.** (1979): *Diccionario de Filosofía*. Madrid, Alianza, 1980.
- Freire de Garbarino, M. y Maggi de Macedo, I.** (1990): *Adolescencia*. Montevideo, Roca Viva.
- Freud, A.** (1936): *El Yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires, Paidós, 1965.
- (1949): Dificultades entre el preadolescente y sus progenitores. En: *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*. Buenos Aires, Paidós, 1976.
- (1958): La adolescencia. En: *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*. Buenos Aires, Paidós, 1976.
- Gutton, Ph.** (1991): *Lo puberal*. Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Klein, M.** (1932): El psicoanálisis de niños. En: *Obras Completas, I*. Buenos Aires, Paidós-Hormé, 1977.
- Lustig de Ferrer, E. S.** (1971): El pasaje de la latencia a la temprana adolescencia.
- Pérez T., A.** (1977): Psicoanálisis en la adolescencia. Aspectos teóricos y técnicos. En:
- Grinberg, L.,** Comp.: *Prácticas psicoanalíticas comparadas en niños y adolescentes*. Buenos Aires, Paidós.
- Roitman, C. R.** (1999): A constituiVão da subjetividade na puberdade: estase pulsional, identificaVões e defesas. *Revista de Psicanálise da SPPA*, 77-91.
- Salas, E. J.** (1973): Consideraciones técnicas y clínicas sobre el tratamiento psicoanalítico de pacientes púberes. *Revista de Psicoanálisis*, 1025-49.
- Winnicott, D. W.** (1963): La comunicación y la falta de comunicación como conductas al estudio de ciertos pares antitéticos. En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona, Laia, 1975.
- (1986): *El hogar, nuestro punto de partida*. Buenos Aires-Barcelona- México, Paidós, 1993.

Inteligencia artificial, proyecto de psicología para neurólogos y modelos fractales de la mente

José R. Pinedo P.

Introducción

La Inteligencia Artificial, también conocida como "IA", ha sido para los científicos de las ciencias cognitivas un sueño analogable al de los biólogos y bioquímicos: la utopía de crear vida artificial. Ambos, sin embargo, han visto frustrados sus quimeras en la medida que han fallado en generar un salto cualitativo:

- Entre una inteligencia "meramente reproductiva" (a través de reglas basadas en operaciones computacionales) y la capacidad de "tomar conciencia" y existencia de un "Yo" (Inteligencia Artificial).
- Entre la "reproducción de clones" (duplicar la vida existente) a una "regeneración desde dentro del organismo" o recreación de los tejidos dañados o perdidos de sí mismo, es decir una autopoiesis (Vida Artificial).

Los trabajos y reflexiones del fallecido biólogo chileno Francisco Varela han mostrado las fallas en crear "vida artificial", planteando los límites hasta donde es pensable la realización de tan improbable sueño. Uno de los límites dice relación con la imposibilidad de crear un organismo que logre generar una reconstrucción de sus propios tejidos sin

mediar asistencia externa (Varela, 2000), es decir, como sumo, se copia vida, no se crea.

Por su parte, las investigaciones en IA han mostrado que, hasta el momento, las máquinas y computadores no logran actuar de manera autónoma en la reinención de sus propios programas, de modo que se pueda dar cuenta de "algo" que sea similar al "razonamiento humano", al "meta-aprendizaje" o a la autoconciencia. Las máquinas sólo razonan lo que sus programas les permiten, y aprenden sólo lo que su software de aprendizaje permite captar de la "realidad externa".

¿Cuál será, entonces, la relación que tienen la IA con el psicoanálisis, se preguntarán ustedes? Pues bien, las formulaciones visionarias de su creador, Sigmund Freud vertidas en el metapsicológico "Proyecto de psicología para neurólogos". En sus páginas, se sentaron las bases del lenguaje binario que se utiliza actualmente en la programación de computadoras, es decir "ceros" (0) y "unos" (1). Además, Freud planteó los límites que debiese sobrepasar la IA, en función de que las máquinas pudiesen tener la posibilidad de

emergencia de una "cualidad", una "conciencia" y un "Yo" en una estructura neuronal compleja, binaria e interactivamente infinita. Esta cualidad de infinitud de las interacciones de la estructura neuronal, da paso a la parte final de este trabajo, el cual se relaciona con la analogía del inconsciente y la geometría fractal.

Origen de la IA: Las ciencias cognitivas

Uno de los postulados básicos de las ciencias cognitivas es el *representacionismo*: Existe una realidad única, congoscible y aprehensible desde el entorno; sólo hacen falta los receptores adecuados y aparatos decodificadores de las señales transmitidas por los receptores para hacerse una "idea de la realidad", o más bien, una "representación de la realidad".

En esta simple pero a la vez profunda y excluyente concepción de nuestro entorno ("la realidad") se basan los cognitivistas para generar su analogía más famosa: **El cerebro es como los computadores, y viceversa**. Así, y al igual que los computadores, el cerebro tiene una entrada (imput), un procesador central y una salida (output). Basta encontrar cuáles son las reglas que comandan el procesamiento de la información, y un computador estará en condiciones de realizar las mismas funciones y operaciones que un cerebro humano. Sí, esta afirmación es cierta, pero *sí y sólo sí* esos procesos internos tengan una regla formal que los guíe. Lamentablemente, la

mayoría de los procesos inteligentes de los seres humanos no se basan en reglas formales, sino que en reglas que se crean y se ponen *en acción* en el mismo momento en que se están ejecutando y que dan cuenta de lo que se ha llamado "Lógica difusa" (fuzzy logic). Esta lógica en la lógica de las reglas emergentes: "Echale un poquito más de sal y pruébalo"; "equilibra esta escoba en tu mano" (corrigiendo los movimientos a la derecha cuando ésta se ladea a la izquierda y viceversa), "me siento como raro y creo que me voy a enfermar". Esto quiere decir que el cerebro crea, corrige y recorre las propias reglas que le permiten funcionar, sin necesidad de reprogramación "externa".

Las grandes herencias de las ciencias cognitivas y que se encuentran presentes en nuestra vida particular cotidiana y en nuestro desarrollo científico son las siguientes:

- El **representacionismo**: Las representaciones tienen un nivel de análisis separado de los aspectos biológicos, sociales y culturales. Las representaciones son símbolos, imágenes, y reglas y su modo de interacción afecta la conducta de un sistema u organismo.
- El **cognitivismo**: El organismo capta datos de la realidad externa, procesa los estímulos y da una respuesta. Dentro de él, se procesan los datos percibidos desde la "realidad".
- El **conexionismo**: No existe un procesamiento central y superior, sino que existe un procesamiento en paralelo, en un sistema más flexible, adapta-

tivo y colaborativo, en donde todo lo que ocurre dentro del sistema ocurre en función del todo.

- La **cibernética**: Los organismos y sistemas se retroalimentan con información del propio estado del organismo o sistema, lo que permite corregir su estado.

- La **analogía con los computadores**: Si se asume el representacionismo como un conjunto de reglas que guían procesos, las computadoras son un símil del procesamiento cognitivo humano.

- Se **computan representaciones simbólicas**: En la medida en que una máquina resuelva problemas, funciona igual que el cerebro, y viceversa, es decir, la cognición es igual a la computación. Un cómputo es una operación realizada mediante símbolos, es decir, elementos que representan algo (representación es algo que es acerca de algo). Así, se representa el mundo de “ciertas maneras”.

La gran hipótesis de las ciencias cognitivas es que la cognición consiste en actuar sobre la base de representaciones que adquieren realidad física con la forma de un código simbólico en el cerebro o máquina.

Nacimiento de la Inteligencia Artificial

La primera convención de investigadores en ciencias cognitivas e IA se realizó en Dartmouth, en 1956, cerca de Harvard, fue un encuentro sobre “máquinas pensantes”. En este encuentro, **John McCarthy** acuña en término “In-

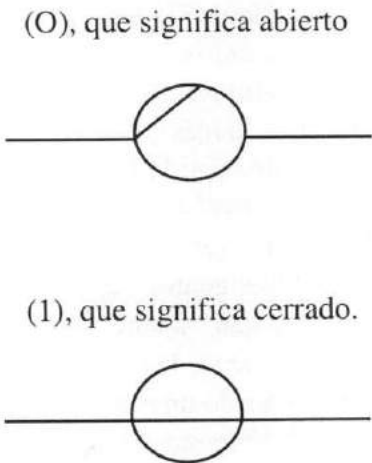
teligencia artificial” y enuncia la arrogante frase: *Hemos inventado un programa de ordenador capaz de pensar en forma no numérica y, por lo tanto, hemos resuelto el venerable problema mente-cerebro. Así, para lograr que una máquina razone, sólo tendrá que computar información a través de reglas y algoritmos* (Trillas, 1998, p 64). Se entenderá por **algoritmo** todo aquel conjunto finito de instrucciones o fórmulas que permiten el procesamiento de la información, mediante el cual al ser aplicado, se puede llegar a un resultado. Para cada algoritmo, se necesita de un agente computacional que lleve a cabo las instrucciones, guarde y realice los pasos de una **computación** (de ahí el nombre computadora).

Esta ha sido durante años la bandera de lucha de los investigadores de la IA y los cognitivistas: El **procesamiento de la información**. Se entiende por tal aquellas pocas operaciones simbólicas relativamente básicas (codificar, comparar, localizar, almacenar) que pueden dar cuenta de la inteligencia humana y que permitan adquirir la capacidad para crear conocimientos, innovaciones y proyecciones a futuro. Hasta el momento, sin embargo, lo más cercano a un *sistema inteligente* ha sido la creación de “**sistemas expertos**”, como los que controlan los ascensores o la refrigeración de edificios “inteligentes”, así como sistemas que “juegan” ajedrez y “aprenden de sus errores”. Lo que no se ha podido crear ha sido un robot inteligente que pueda tener conciencia y un “Yo” que le permita distinguirse de su entor-

no (Robot viene del checo Robota= trabajo forzado; y Robotnik=siervo). Ya desde el nombre Robot se percibe la omnipotencia del ser humano sobre la posibilidad de crear IA a su servicio, sin notar la paradoja de que la Inteligencia como tal, contiene dentro de sí la idea de "independencia y autonomía".

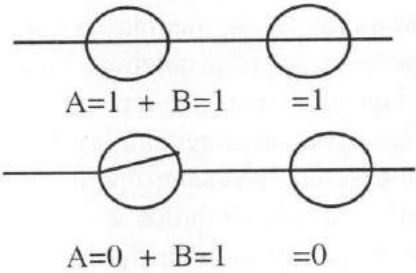
Las bases de los sistemas expertos computacionales

En la década de los 30, un ingeniero del MIT, **Claude Shannon**, vio que podía construir una máquina de calcular digital sin más que interconectar una serie de interruptores que pudiesen estar abiertos (0) o cerrados (1). Así, esa máquina podría efectuar cualquier operación imaginable con números. Shannon probó que, para cada operación a efectuar, siempre existiría una configuración de interruptores que la realizase. De este modo, en una máquina de calcular digital existirían sólo dos interruptores que en sus dos posiciones significan:

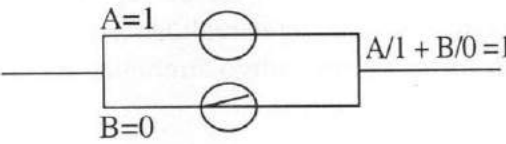


Así, un circuito estaría cerrado (pasadero de energía) en la posición (1) y abierto (no pasadero de energía) en la posición (0). Sin embargo, esta simple división binaria en dos tipos de circuitos no bastaba, sino que se hacía necesaria la existencia de ilativos para construir frases computacionales algorítmicas (de reglas). Así nacen los ilativos "O" e "Y":

"Y" se determina por dos circuitos en serie, que son excluyentes entre sí (ilativo Y):



"O" se determina por dos circuitos en paralelo, complementarios entre sí (ilativo O), en donde basta que esté cerrado el circuito A o B, para que la energía fluya:



Como se puede apreciar sucintamente en las figuras anteriores, en el ilativo "Y", se hace necesario que ambos circuitos estén cerrados. En el ilativo "O", basta que esté cerrado uno sólo de ellos. Con este modelo, se puede afirmar que todas las operaciones lógicas computacionales son reproducibles mediante circuitos pasaderos e impasaderos

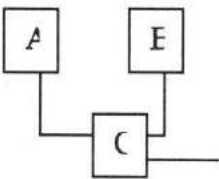
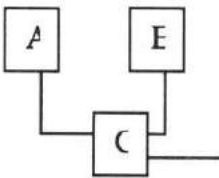
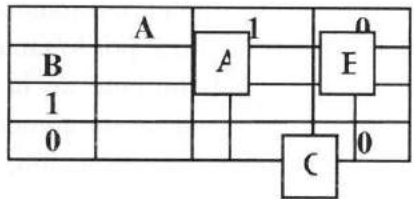
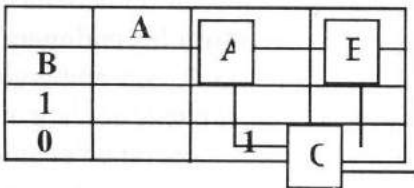
de energía.

Siguiendo las propuestas de Shannon, entre 1943 y 1956, se realizaron los trabajos que se reconocen como los pioneros de la IA. Dos norteamericanos, **Warren McCulloch** (neurofisiólogo) y **Walter Pitts** (matemático), trataron de explicar el funcionamiento del cerebro humano como un mecanismo de células interconectadas en red que pudiesen

realizar operaciones lógicas. Ambos científicos investigaron sobre los “*sucesos psíquicos mínimos*”, es decir, qué era lo que se transmitía dentro de una red neuronal, en forma de codificaciones lógicas, llegando a plantear lo siguiente: A partir de los ilativos “O”, se genera un modelo lógico como el que sigue, representado en términos matemáticos y gráficos de la siguiente manera:

	A	1	0
B		1	
1			
0			

	A	1	0
B			
1			1
0			



A/1 (o) B/1=1

A/0 (o) B/1=1

A/1 (o) B/0=1

A/0 (o) B/0=0

Se puede apreciar en los esquemas que para un ilativo “O”, que basta con que uno de los circuitos esté cerrado para que el resultado sea el flujo de energía. El resultado será (0) cuando ambos circui-

tos estén abiertos. La clasificación de las neuronas en neuronas (0) y neuronas (1), nos acerca directamente a los escritos de Freud en su “Proyecto de psicología para neurólogos”.

En esta figura se puede apreciar que la repetición de un estímulo Q_n logra acercar la estructura de una neurona Ψ a la configuración de una neurona Φ , aumentando su facilitación y disminución de las resistencias de las barreras contacto. Es interesante notar la similitud entre la graficación del circuito cerrado $\ominus$ con las neuronas pasaderas Φ , y circuitos abiertos $\ominus$ con las neuronas Ψ

La estructura bi-escindida de este aparato físico energético permite la emergencia de las "cualidad" de las sensaciones conscientes, siendo la conciencia, según Freud, la faz subjetiva de una parte de los procesos físico-energéticos en el sistema neuronal. El "Yo", sería la totalidad de las catexias Ψ existentes en un momento dado, definiéndose unas en permanentes y otras en facilitadas. Es en este punto en donde falla la IA y la vida artificial: la no existencia de un *proceso que pueda emerger desde dentro*. Enacción, lo llamaría Varela y autopoiesis, Maturana; wetware (sistema húmedo) lo llamaron los teóricos de la IA, en contraposición al hard y software.

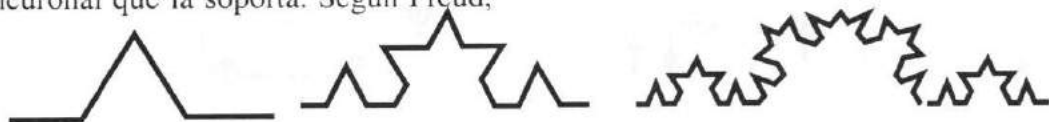
Esta estructura básica, de neuronas pasaderas e impasaderas, de circuitos (0) y (1), se repite al infinito en el aparato neuronal como un soporte físico energético de cantidad y cualidad. Este soporte, como tal, da cuenta de una estructura fractal, que genera un inconsciente con características similares a la red neuronal que la soporta. Según Freud,

entonces, la neurona **singular** es, así, una **copia del sistema neuronal en su conjunto**, con su arquitectura bi-escindida, siendo el cilindro eje en órgano de la descarga. Entonces, la estructura neuronal y su análogo emergente, el inconsciente, se puede comprender como una metáfora de la geometría fractal.

Matemática fractal, neurona y modelo del inconsciente

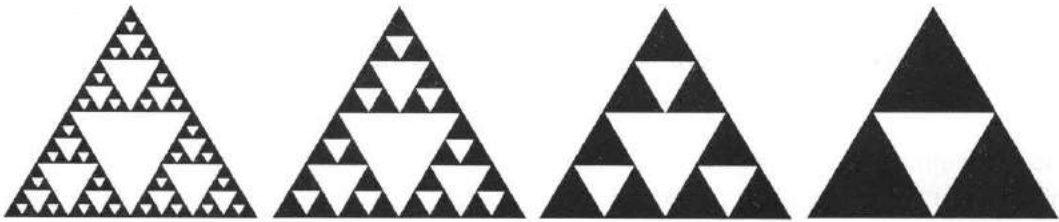
La geometría fractal es una disciplina desarrollada a partir de las propuestas del matemático polaco-francés Benoit Mandelbrot y sirve como una bella analogía o metáfora de cómo esta configuración físico energética soportada en una estructura neuronal bi-escindida (dejando fuera las neuronas "w") permite describir al inconsciente como un conjunto matemático fractal.

Fractal significa romper o quebrar. En matemática y geometría fractal, significa que un algoritmo (regla) permite generar una figura que se repite y contiene a sí misma hasta el infinito, con autosemejanza, invarianza y dimensión fraccionada. Toda figura fractal tiene un espacio en donde se desarrolla, un elemento iniciador (punto, línea, plano) y un límite: en la realidad (lo mínimo indivisible). Por ejemplo, la curva de Koch, se construye a partir de un triángulo equilátero que se repite hasta el infinito:



A su vez, el triángulo de Sierpinski, se crea a partir de un triángulo equilátero

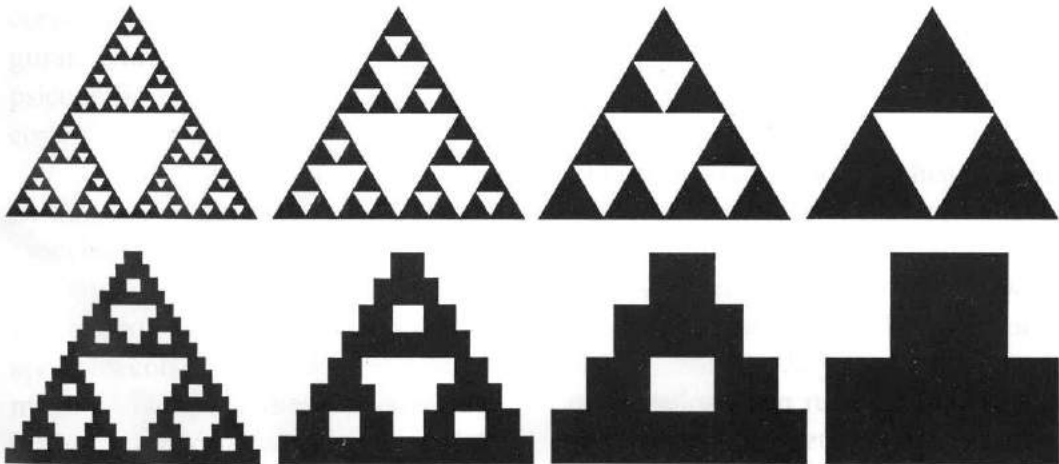
“completo”, que iterando hasta el infinito, puede llegar a ser “igual” a otro objeto “distinto”.



Julio Villalba (2002), analogando la geometría fractal al inconsciente, afirma que en una primera instancia, pareciera ser que dos objetos (internos) son idénticos. Sin embargo, y al hacer un proceso de des-iteración, (y esto sería el trabajo psicoanalítico) se puede descubrir que estos objetos iniciales[...] provienen de dos elementos muy

disímiles. El insight consistiría en la introyección de esta diferencia [...] ¿podría ser algo similar a esto lo que estaría tras las características descritas por Freud en los fenómenos de condensación y desplazamiento[...] y, más aún, tras las situaciones de investidura y catexis

Veamos un ejemplo gráfico:



Como se puede observar, si se itera hasta el infinito, probablemente no se podrá distinguir la diferencia entre un “objeto interno” y otro, siendo como representantes, objetos “equivalentes para el

inconsciente”. Ambos, han sido creados como un algoritmo que reproduce y contiene la totalidad de la figura dentro de sí, dentro de sí, y dentro de sí hasta el infinito.

to de vida. El diagnóstico ha servido para sancionar y justificar el poner afuera al niño en cuestión: afuera de las instituciones "socializadoras", de normalización; se lo declara indomable, insomitable a ellas y por ellas. En consecuencia es incluirlo en la marginalidad, en la incapacidad de ser uno más ... un semejante. Puede ésta ser una brutal muestra de como las instituciones resisten al cambio, resisten al conflicto que podría imponerles la diferencia que el niño aporta.

En este contexto es, a veces, solicitada la participación de un psicólogo para hacer un psicodiagnóstico y un informe. Su intervención queda determinada por esta misma lógica. Sólo en muy contadas ocasiones su concurso es solicitado para una psicoterapia.

Sé que estos son trazos que intentan dibujar un contexto que por sí mismo podría ser tema de un estudio acucioso. Tal vez el análisis de las instituciones implicadas: médica, educativa, familiar y por omisión, psicológica, tendría mucho que aportar.

Incluso podría ser interrogado un hecho tan concreto como es el que el Estado chileno, a través de sus normativas de salud deja sin nombre y por tanto desconoce drásticamente la psicosis en los niños.¹

En todo caso, que el sistema dominante, es decir lo instituido por el Estado, no cuenta con un soporte imaginario

capaz de proveer de sentido a la cualidad de subjetivación de los niños con autismo o psicosis, es una denuncia que desde las grandes movilizaciones de cuestionamiento a las instituciones del capitalismo de los años sesenta es explicitada, trabajada y transformada en práctica, por Basaglia, Laing, Cooper, Mannoni, etc. De algún modo todos ellos coinciden en pensar que la exclusión a que las instituciones someten al psicótico junto con su reclusión-inclusión en espacios marginales a la cotidianidad-realidad de la sociedad, reproduce y sostiene la mecánica, que a su vez, empujó para que se produjese esa particular forma de subjetividad que nombramos con los vocablos psicosis y autismo: la locura.

No sé si antes pero es claro que desde ellos, se funda una tradición para el trabajo con la psicosis que incluye a la institución en tanto cuestionada: usan de la institución como dispositivo. "Disponen" un espacio y un tiempo de trabajo, de vida, de relación, que no excluye al discurso psicótico de un virtual sentido, de su posibilidad de interpelar. Es decir, producen una institución que subvierte lo instituido por el Estado en los espacios de reclusión- inclusión- marginalización, que crea para "el psicótico".

Desde esta tradición (psicoanalítica y antipsiquiátrica), la institución como el dispositivo que se dispone para trabajar con la psicosis, acuerda hacer uso del poder de generar un espacio para la pro-

¹ El Ministerio de Salud impone para la realización de diagnósticos, las clasificaciones de enfermedades mentales que se encuentran en el DSM IV y el CIE 10 que no consideran la psicosis infantil.

ducción de sentido. Un lugar para reconocer un poder interpelante a las manifestaciones que se reconocen con el nombre de psicosis. Es un intento por caminar hacia un sentido que no puede ser ajeno a un orden social, a lugares sociales.

No siempre ha sido fácil mantener manifiesta la implicación del cuerpo social en la producción de locura en tanto forma extrema del sufrimiento psíquico. Por ej., no ha sido fácil reconocer en las teorizaciones, herramientas que permitan pensar- escuchar al exceso de sufrimiento que el ámbito socio- político puede hacer padecer a todo viviente.

En todo caso, Freud reconoce en la frustración impuesta por la realidad un sufrimiento que al ser intolerable puede determinar una ruptura con "el mundo externo", es decir locura (Freud, 1923). A su vez explicita que la salud puede sostenerse en la medida en que frente a las prohibiciones determinantes de vivencias de frustración y de estados de privación se efectúe un trabajo que opere sobre el mundo exterior para modificarlo (Freud, 1927).

Piera Aulagnier entiende que la "frustración excesiva" aludida por Freud, el sufrimiento que el mundo puede causar, no guarda relación con los fenómenos del orden natural sino con los del orden relacional, con el encuentro con "los yoes de los otros".

También recuerda como un decir freudiano, que el sufrimiento es el precio y la prueba que todo sujeto ha de rendir

por reconocer a la realidad como un espacio exterior al mundo psíquico regido por leyes ajenas al placer. Las necesidades del cuerpo, los requerimientos narcisistas y las condiciones del medio físico y psíquico que se habitan, existen mas allá de la psique y sus exigencias de placer... y dan frecuentes y duras pruebas de ello.

Pero, el yo para sostenerse vivo, psíquica y físicamente, tiene que invertir, (Aulagnier, 1994) por una parte, a su cuerpo en los avatares de su transcurrir hasta la muerte; por otra, al otro en su alteridad que determina no contar con la seguridad de su amor y, además también, a la realidad social que implica el sometimiento a ciertas prohibiciones. Es una tarea compleja que sólo podrá sostenerse en la medida en que el yo encuentre causas para su sufrir, que le encuentre algún sentido que adquiera, ya sea, el formato de una idea acorde a un saber socialmente compartido o, al menos, el de una escena fantasmática que permita "teorizar" al interior de una historia singular. Cuando esto no es así, la clínica muestra lo que Freud menciona como "la ruptura de los lazos con la realidad", es decir la psicosis.

Castoriadis (2001, pág. 123) afirma que la institución es la fuente de sentidos alternativos a los alucinatorios relativos al placer de órgano y la completud narcisista. Es la institución de la sociedad quien puede donar a todo sujeto, a través de la inserción en la vida colectiva que ella implica, el acceso a esta fuente de sentido, puesto que las instituciones

son “las fábricas” sociales de producción, almacenamiento y transmisión de las significaciones imaginarias sociales. Cuando la institución resiste a la singularidad y particularidad de un sujeto y a acoger la diferencia, se resta en tanto fuente de significaciones imaginarias y produce sufrimiento.... en ocasiones intolerable.

Quiero ahora contar de mas o menos los primeros 7 meses de trabajo con un adolescente de 16 años, Martín, que asistía, (en otro país y hace tiempo), a una institución formada básicamente por psicopedagogas que intentaban realizar su práctica dando vida tanto a sus particulares formaciones profesionales como a lo que el psicoanálisis les había enseñado respecto de las problemáticas de la subjetivación. En el trabajo con algunos niños o adolescentes se incluía en el equipo a una psicoanalista. Así sucedió con Martín. En estos casos, el equipo trabajaba con una hora denominada de integración donde cada persona implicada en el hacer con Martín, daba cuenta de su experienciado con él durante la semana.

La apertura.

Martín se incorporó al grupo de adolescentes con quienes compartía la experiencia de haber sido excluido de los establecimientos educacionales regulares. El venía diagnosticado como “epiléptico con rasgos asociales”, los demás ingresaron con diagnósticos tales como trastorno generalizado del desarrollo, disfasia, asperguer. Es decir que para el

centro, la psicosis y el autismo estaban aludidos. Era esta una pregunta a responderse respecto de Martín. La historia escolar de Martín había durado hasta segundo básico. Nunca pasó de este curso que reinició en varias ocasiones en diversos establecimientos. De cada uno de ellos fue expulsado hasta que la madre no insistió mas en ponerlo en alguno y lo llevó a centros. Diversos centros, ya es difícil saber cuántos y qué sucedió en cada uno de ellos. La madre ya no recuerda detalles. En esta ocasión lo lleva con la expectativa de que dando exámenes libres y especiales, avance en su escolarización. No hay en ella una pregunta en relación a porqué Martín no pudo sostenerse en la educación formal. Piensa que ha sucedido porque él es epiléptico. No lo piensa en un futuro. No lo concibe en un proyecto, en un proceso donde pudiera ir siendo según un cierto “esperado” por ella.

Martín viene buscando un espacio donde poder estar con otros; buscaba a otros que sostuvieran para él un lugar, otros para instalarse.

Martín en instalación.

Martín era un muchacho alto, cuerpo grande pero redondito como el de un bebé. Su rostro, de rasgos suaves, semejaba el de una guagua. Sus movimientos y desplazamiento eran mas bien rápidos, a pesar de que arrastraba un pie. Su modo de vestir llamaba la atención pues andaba con ropa que le quedaba muy chica, se le bajaban los pantalones y quedaba como desnudo. Es decir, los pantalones eran cortos para él y elegía

dejar cubiertos sus pies.

Hablaba poco, tanto a los adultos como a sus compañeros. Sobre todo se desplazaba entre una persona y otro haciendo, al pasar, algún comentario en mofa sobre un tercero presente.

En las actividades grupales se destacaba porque agredía a un muchacho que deliraba y alucinaba de modo notorio. Martín, efectivamente, asustaba e inquietaba a todo el grupo incluido el equipo que trabajaba con él. Resultaba amenazante mas allá de alguna amenaza que realmente proferiera. Es como si se hubiese tratado de su modo de estar con otros.

Una escena como ejemplo: en el jardín encuentra un pajarito caído del nido que recoge. Se mueve con él sosteniéndolo entre sus dos manos con los brazos estirados. Los adultos que observamos estamos alerta, tal vez al borde del espanto ¿como esperando que lo triture? Nos miramos, logramos contenernos y Martín simplemente lo deposita en un rincón del jardín. ¿Por qué aparece esta fantasía compartida en quienes lo observan?

Al vivir esta escena no era difícil evocar la sensación de estar frente a una instalación, por ejemplo, aquella en que dentro del vaso de vidrio de una licuadora conectada, nadaban pececitos.

Daba la impresión de que él “jugaba” a provocar este tipo de “incomodidad” en los otros: un algo de horror mediante elementos mínimos y cotidianos: un

encendedor, jugar con un perrito, acompañar a alguien que se sube a una silla, etc. En otras ocasiones hacía como que iba a romper algo (siempre de poco valor, por ej una vela). Algunas veces efectivamente la rompía, lo que no cambiaba era la “inquietud” en relación a un supuesto desenlace siniestro que los observadores esperábamos. En todo caso, también era constante su mirar a quienes lo rodeaban. ¿Miraba algún gesto angustioso? ¿Buscaba ver algo en la cara del otro?, ¿algo del orden del horror y el rechazo?, ¿verse así? ¿ser siniestro pero al menos estar? ¿qué repite? ¿repite? ¿Es éste el punto que hace presente su modalidad transferencial?

Martín y la instalación en tanto hijo.

Sobre la infancia de Martín la madre pudo decir poco. La relató articulándola con su propia sensación de abandono y falta de seguridad al lado del padre de Martín quien consumía alguna droga. A su sobrecarga ya que después de Martín tuvo otros hijos. A su separación y desaparición del padre de Martín desde cuando éste tenía cinco años.

Los dos primeros años de Martín los relata en torno a su terror frente a la posibilidad de que el niño convulsionara. Imaginaba que quedaría muy dañado. ¿Muerto?, ¿tonto?, ¿monstruoso?

La primera convulsión la sufrió a los nueve meses asociada a un episodio febril. Dice que desde entonces estaba siempre esperando otra, razón por la que procuraba tenerlo constantemente “a la vista”, señala que incluso cuando iba al

baño. De hecho sufrió otras y fue diagnosticado y medicado como epiléptico. No ha vuelto a convulsionar desde que los padres se separaron hace aproximadamente once años. En ese momento la madre se vio obligada a trabajar. Martín y sus hermanos quedaron a cargo de una abuela, ¿que tal vez dejó de esperar las convulsiones? ¿Una abuela que pudo mirarlo de otro modo? A los 14 años Martín vivió con mucho dolor la muerte de ella.

Cuando se le pregunta a la madre sobre por qué Martín arrastra un pie, relata de su sensación de soledad y desamparo en momentos de su nacimiento.

Comenta que solo al segundo día después del parto la informaron sobre la deformidad del pie de su hijo. Recuerda que ésto la abrumó. Lo trató con cirugía y yeso. Debió mantenerlo con plantillas y zapatos adecuados pero dice no haber podido hacerlo. La impresión es que ella ha tenido una enorme dificultad para asumir y procurar atención para el pie de Martín. Es decir, asumir que su hijo necesita ser atendido a raíz de la deformidad congénita de un pie. Martín dice que su pie es monstruoso. Martín "juega" con el horror. ¿Es el horror visto en la cara de la madre?, ¿horror alusivo a la castración? ¿se imagina a si mismo como causa del horror?, ¿es éste un trazo para pensar su proceso identificadorio? ¿es desde aquí posible un proyecto identificadorio?

Martín se instala.

En un inicio fue a las entrevistas indivi-

duales donde Martín llevó algo de su dolor. En estas alternaba un hablar y accionar con rabia hasta momentos en que se dormía acurrucado en un rincón de la consulta afortunadamente alfombrada. Esto último sucedía tras intervenciones que nombraban el dolor y la rabia que se podía escuchar en las escenas de la cotidianeidad familiar llenas de desamor y abandono que relataba o montaba. Estas se concretaban desplazando sobre figuras imaginarias al padre de su historia que adjetivaba como injusto y abandonico o como drogo y peligroso. Por allí dijo que querría ser Peter Pan para ser líder, cuidar del pirata Garfio y volar... Volar él, que arrastraba un pie, cuidar de alguien mutilado, ser un eterno huérfano. Simplemente se le preguntó si le dolía y dijo que sí. El dolor reencontró sede en el cuerpo y apareció la idea de un pie deforme. ¿Una sede para el horror? El decía de si mismo ser horrible y tonto; no servir para nada.

En la reunión semanal del equipo que trabajaba con Martín se relató que él habría dicho que le dolía el pie, ese que arrastraba. La información produjo sorpresa...y perplejidad por no haberlo pensado antes. ¿Apareció el pie de Martín?

En todo caso, aparece para el equipo un Martín adolorido tanto en lo concreto del cuerpo como en lo metafórico. También surge la posibilidad de un Martín mirando o imaginando que otro, la madre, y a partir de ella cualquier otro, mira con horror su pie deforme. ¿Un pie que lo hace deforme a todo él?. ¿Se puede

escuchar aquí la particularidad de su castración y angustia?

Re-apertura.

Desde entonces ya no se vio circular a Martín “arrastrando un pie” sino “buscando posturas que le evitaran dolor al caminar”. Hubo preguntas sobre si las zapatillas que usaba eran adecuadas, si debía hacer determinadas actividades. Es decir preguntas referidas al cuerpo de un adolescente mas novelado. Ya no inquietaba, ni incomodaba, ni se esperaban desenlaces de horror para sus actos. Tal parece y dicho simple y casi ingenuamente, se lo pudo mirar sin excluir a su dolor condensado en el pie. Las sensaciones y afectos encontraron palabras. Lo visto pudo ocupar un lugar en la escena de lo cotidiano.

Martín también pudo ir intentando “estar” de otro modo. Poco a poco en los espacios de entrenamiento cognitivo dio muestras de notables avances. Por ejemplo, lucía una letra caligráfica de la que se enorgullecía ... también la psicopedagoga. Su capacidad en matemáticas mejoró, comenzó a dar cuenta

de recordar lo aprendido en ocasiones anteriores y de razonar para solucionar problemas. También extrañaba la limpieza y orden en sus trabajos. Las páginas de sus cuadernos mostraron un evidente cambio.

En actividades físicas pudo sacarse los zapatos y mostrar sus pies: primero con calcetines y después desnudos.

En las sesiones individuales comenzó a hablar mas sobre si mismo, por ej. de su miedo al muchacho “loco” y de su vergüenza por “la epilepsia”, de sus ganas de estudiar gastronomía. Por las tardes empezó a trabajar y allí se hizo de un amigo.

Quiero señalar que en el centro Martín ya no produjo horror. Fue mirado y hablado con todo su cuerpo. Se intentó pensarlo en un espacio y un tiempo donde era posible que su vivenciado se representara con sentimientos y sentidos compartidos. Martín comenzó a tener historia y a ser explicado en ella.

Quiero pensar que su espacio de análisis pudo ofrecerse como un tiempo para la historización.

BIBLIOGRAFIA

Aulagnier, Piera. , 1994, Alguien ha matado algo. *Un interprete en búsqueda de sentido*, México, Siglo XXI editores.

Castoriadis, Cornelius. 2001, *Figuras de lo pensable*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, p 123 .

Freud, S. 1923, *Neurosis y psicosis* ,Obras completas,XIX, Ed. Amorrortu.

— 1927, *El porvenir de una ilusión*, Obras completas, XXI Ed. Amorrortu.

Hermenéutica e interpretación psicoanalítica.*

Claudia Vergara P.

Tradicionalmente se ha definido a la hermenéutica como “el arte de interpretar textos, especialmente los sagrados” (Sopena, 1981, p.1230). Etimológicamente, deriva del griego *hermenèutikos* “relativo a la interpretación” que a su vez proviene de *hermenêus* que significa “intérprete, explicador, traductor” (Corominas, 1994, p. 318).

A partir de estas definiciones surgen las siguientes preguntas: ¿por qué interpretar un texto?, ¿cuándo sería necesario interpretar un texto?

Para contestarlas, podemos pensar en lo planteado por Foucault en su artículo “Nietzsche, Freud y Marx”, donde propone dos grandes sospechas en relación al lenguaje en las culturas indoeuropeas:

1. Que el lenguaje no dice exactamente lo que dice, por lo que el sentido que se atrapa y que es inmediatamente manifiesto no es quizás, en realidad, sino un sentido menor, que protege, encierra y, a pesar de todo, transmite otro sentido (...) sentido más fuerte y sentido ‘de debajo’ (...)

2. Que el lenguaje desborda, de al-

guna manera, su forma propiamente verbal, y que hay muchas otras cosas en el mundo que hablan y que no son lenguaje.” (Foucault, 1980)

Así, se requeriría interpretar un texto toda vez en la que el sentido de éste no sea evidente, o cuando exista una mediación (temporal, lingüística, cultural) entre el texto y quien realiza la lectura.

Para Foucault, cada forma cultural en Occidente ha tenido una forma particular de interpretar, un sistema de interpretación propio con sus métodos y técnicas.

En el mundo medieval, donde lo religioso era el eje central, el papel de la hermenéutica era muy relevante, ya que en el caso de los textos sagrados, habría una verdad no aparente que haría necesario el concurso de una lectura traductora. El acceso a esa verdad era lo que dotaba de sentido no sólo al texto, sino que también al mundo. El verbo era sujeto.

Cuando la conciencia y la razón se instalaron como fundamento, la tradición hermenéutica cedió lugar al imperio de la ciencia como forma de acceso al sa-

* Este trabajo fue presentado en el VII Congreso de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), Santiago de Chile, 2004.

ber. Pero aún en ese contexto, había dudas sobre el lugar que le cabría a las "ciencias del espíritu" en una ciencia guiada por el racionalismo y el empirismo. Es así como la hermenéutica reaparece a fines del siglo XIX.

Ya su ligazón con el terreno de lo sagrado no está presente, sino que lo predominante es la idea que, tras todo texto existe un autor a través del cual la verdad del texto aparece. Para este autor, el texto sería un intento subjetivo de dotar de sentido la experiencia a través de una tarea de objetivación. Quien interpreta, por su parte, buscaría entrar en relación empática con el autor y su mundo para encontrar dicha verdad.

Por lo tanto, habría un sentido fijo, último, dado por el autor, que es lo que guiaría la labor de desciframiento, que en el contexto de generación del texto no era enigmático, pero que perdió su sentido en el camino.

Esta forma de mirar la hermenéutica, que puede ser denominada hermenéutica clásica, toma como modelo el análisis filológico, entendiendo por tal aquella "ciencia histórica que informa sobre civilizaciones antiguas mediante el estudio de documentos escritos e inscripciones, y que también estudia cualquier documento escrito para establecer su autenticidad, grado de corrección y determinación de su significado" (Encarta, 1998).

Esta sería además, la concepción hermenéutica de Dilthey, siendo éste para

Habermas quien "...vuelve al contexto intencional de lo subjetivamente mentado como base de la experiencia.(...) y haciendo comprensibles las objetivaciones, actualiza su contenido intencional en al ámbito de la vida cotidiana". (Habermas, 1969. p. 217)

A partir de lo anterior se desprende que la idea de sujeto que maneja la hermenéutica clásica, si bien se separa en parte de la idea de objetividad empirista del pensamiento moderno, sigue inscrita por una parte, en la creencia (y confianza) que el autor del texto conoce y es dueño de su sentido; y por otra, que quien interpreta puede acceder a él sin que haya fuentes de distorsión intrínsecas al proceso. De haber distorsiones, estas estarían relacionadas con defectos "accidentales" (por ejemplo la tradición o el recuerdo), no inherentes a la tarea de interpretar.

Esta visión es puesta en crisis, por las concepciones de tres autores contemporáneos a Dilthey (S. XIX), los que Ricoeur denomina "la Escuela de la Sospecha": Freud, Nietzsche y Marx. En obras como "La Interpretación de los Sueños", "La Genealogía de la Moral", "Más allá del Bien y del Mal" y "El Capital", respectivamente, se produce una alteración de la disposición de escucha hasta entonces dominante, y con ello, de la práctica interpretativa.

En un nivel general, su crítica apunta al pensamiento metafísico que deriva de la noción de sujeto de la conciencia. Este fundamento llevaría a pensar la "reali-

dad” en términos de un privilegio de la presencia, es decir, guiada por criterios de identidad (esto es eso y no lo otro), linealidad histórica/temporal (existe un origen que está en el pasado) y causalidad entre otros.

Lo que hacen Marx, Nietzsche y Freud es proponer que aquel que se autorrepresenta a través del acto de pensar, finalmente no se sabe, que hay algo más allá (o acá) que lo funda. Por lo tanto, cualquier ejercicio de interpretación pasaría por una sospecha radical de la fuente de representación, que seríamos nosotros como “sujetos”.

Como sostiene Foucault “Marx Nietzsche y Freud nos han vuelto a poner en una nueva posibilidad de interpretación, han fundamentado de nuevo la posibilidad de una hermenéutica. (...) estas técnicas de interpretación nos conciernen a nosotros mismos, puesto que nosotros, intérpretes, nos hemos puesto a interpretar mediante estas técnicas. Y es con estas técnicas, a su vez, que debemos interrogar a esos intérpretes que fueron Freud, Nietzsche y Marx, en forma que somos perpetuamente reenviados en un perpetuo juego de objetos” (Foucault op.cit). Así, la interpretación, con los aportes de estos autores, logra volverse una herramienta de pensamiento crítico.

A partir de este cuestionamiento al autor de la interpretación, se fundaría una nueva teoría de los signos: los elementos centrales de ella, siguiendo a Foucault, pueden concentrarse en cinco

puntos:

1) Como primer punto, propone que los signos a interpretar se disponen en un espacio que no es homogéneo, sino que está diferenciado en una dimensión de ‘profundidad’, no entendiendo por esto interioridad (que cada vez se va llegando más abajo), sino que al contrario, exterioridad, es decir que la labor interpretativa restituye la “exterioridad centelleante que ha sido recubierta y enterrada” (Foucault, *Ibídem*). Los signos se sobreponen, en un sentido de recubrirse. En la interpretación “la profundidad es restituida ahora como secreto absolutamente superficial”.

2) En segundo lugar, la interpretación se constituiría como una tarea sin final, ya que habría una apertura irreductible. Esto se entiende desde la idea de cuestionar la noción de comienzo. No existe una base desde la cual se interpreta, y que sirve de tope, sino que existe un avanzar en la interpretación hasta alcanzar un punto de ruptura (siempre cercano) en el que la interpretación se interpreta a sí misma y por lo tanto, se vuelve imposible como interpretación, pudiendo causar la desaparición del mismo interprete.

3) Siguiendo con Foucault y en la línea del punto anterior, la interpretación no puede acabarse nunca porque no hay nada absolutamente primario que interpretar. Cada signo, en sí mismo, es interpretación de otros signos, y la relación que se establece en la interpretación es tanto de elucidación como de

violencia.

4) Los signos no se ofrecerían pasivamente a la interpretación, sino que la interpretación se apodera violentamente de aquella interpretación previa. Siguiendo a Nietzsche: "las palabras han sido inventadas siempre por las clases superiores, ellas no indican un significado, imponen una interpretación" (Foucault, *Ibíd.*). Los signos no son seres benévolos y simples, sino que el signo es ya una interpretación que no se da por tal. En la hermenéutica moderna, lo más decisivo es la primacía de la interpretación con relación a los signos.

5) Por lo tanto, la interpretación tiene la obligación de interpretarse ella misma al infinito, de lo que se desprende que:

- No se interpreta lo que hay en el significado, sino que se interpreta a fondo, radicalmente: el quién ha planteado la interpretación, es decir, el intérprete
- El tiempo de la interpretación es circular, está siempre obligado a pasar por donde ya ha pasado. El único peligro que corre la interpretación es el de creer que hay signos primarios, reales, originarios. La hermenéutica mirada así y la semiología son dos enemigos bravíos.

Corresponde ahora revisar de manera particular en qué consiste la crítica psicoanalítica a la noción y búsqueda de sentido que caracteriza a la hermenéutica clásica.

Freud introduce su aporte al trabajo interpretativo en la obra "La interpreta-

ción de los Sueños". Es allí donde realiza el giro que permite mirar la interpretación desde un nuevo prisma. Hay al menos dos elementos que definen el cambio de perspectiva:

- La primacía del sentido y la centralidad del autor presentes en la hermenéutica clásica, en Freud dan lugar a una búsqueda de aquellas instancias en las que el sentido cae, es decir, donde el sujeto de la conciencia pasa a ser sujeto de otra cosa que está más allá de él y que desconoce. Ya no hay sujeto de la conciencia, sino que sujeto del inconsciente.
- De esta manera, aquello que es relevante, lógico, central cede el paso a lo residual e insignificante (valga la redundancia). El definir los sueños como "via regia" al inconsciente es reflejo de esta decisión. Un fenómeno hasta el momento no relevante para el saber disciplinar dominante de su época se vuelve "lo significativo" y la forma central de acceder al fundamento del sujeto/individuo.

Por lo tanto, en la interpretación de sueños freudiana, el sueño funciona como un texto en el que:

- Lo oscuro no es sólo para el lector, sino también para el supuesto autor
- Nos transformamos en lectores cuando leemos en él aquello de lo que el "autor" no se hace responsable. Por lo tanto:
- El sueño es un texto en el que el "sujeto" no es sujeto
- Es también un texto en el que sentido no está en alguna parte

Tal como indiqué anteriormente, la idea de causalidad y de temporalidad son al-

teradas por la lectura freudiana. La idea de que el sentido está en el pasado, de que hay un origen del cual el presente es efecto, es una concepción que sigue estando presente hasta el día de hoy en el campo disciplinar psicoanalítico. Pero dicha mirada pertenecería a la tradición metafísica.

Si se hace una lectura a lo planteado por Freud en "La interpretación de Sueños" y en el caso "El Hombre de los Lobos", esta idea de origen real entra en crisis. Todo origen es ya una interpretación, que es realizada desde un ahora. Previo a ese acto, dicho origen no era presencia. De esta manera, entender es algo que sólo se logra "en relación", en cadena. Debe haber algo después que permita la comprensión. Esta es la idea de "a posteriori" que aparece claramente en la interpretación del sueño del "Hombre de los Lobos". La escena primordial es un origen que sólo se constituye en origen años después, esto asumiendo su real ocurrencia, cosa que para efectos de la interpretación, no es necesaria. Es la labor interpretativa la que lo instala.

Por lo tanto, si pensamos en la propuesta interpretativa de Freud y exploramos la posibilidad de considerarla una hermenéutica, nos enfrentamos a una disyuntiva. Al entender por hermenéutica aquello planteado por la hermenéutica clásica, claramente la interpretación freudiana es más bien una antihermenéutica, puesto que hace entrar en crisis justamente aquellos supuestos sobre los que ella trabaja. Si por el contrario, consideramos la teoría de los signos pro-

puesta por Foucault como una hermenéutica crítica, la interpretación psicoanalítica podría contemplarse dentro de ese registro.

Habermas plantea que la interpretación psicoanalítica del sueño tendría dos momentos, uno hermenéutico, que consistiría en la reconstrucción del contenido latente del sueño a partir del contenido manifiesto y de las asociaciones del paciente, por lo tanto, apostaría a un significado base; y otro momento en que se trasciende dicho sentido fijo y se pone atención al sujeto tras el individuo y a su permanente trabajo deformador. Es este trabajo el que se interpreta en lo psicoanalítico, por lo tanto adquiere relevancia el espacio en que se expresa, que es la cadena significativa.

"La técnica de la interpretación de los sueños va más allá del arte de la hermenéutica, en cuanto a que debe aprehender no sólo el sentido de un texto eventualmente deformado, sino también el sentido de la deformación del texto, la transformación de un pensamiento latente en sueño manifiesto; debe pues, reconstruir lo que Freud ha llamado 'el trabajo del sueño' (Habermas, 1969, p. 223).

Lo que nos muestra la idea de "trabajo del sueño" es justamente lo esencial del pensamiento Freudiano: no es lo deformado, sino el trabajo de deformación, la expresión del conflicto, que surge del desenvolvimiento mismo de lo real, la que genera tensión y la necesidad de un ordenamiento simbólico que genere

prácticas transformadoras. Es sobre eso donde opera la interpretación. La interpretación hará hablar a ese texto pudiendo surgir verdad justo en el vértice entre el texto y la interpretación. La interpretación no apelaría a un sentido último, sino que a las condiciones de producción de sentido.

Citando a Galende "Sólo porque el malestar se hace conflicto, se plantea como inexcusable, sólo porque la historia tensiona sobre el presente reclama de la teoría y, es sólo en la complejidad de ese malestar y su espacio histórico que es posible intervenir con la crítica, actuar con la interpretación". (Galende, 1997, p. 40)

BIBLIOGRAFÍA

Corominas, Joan. 1994; *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*; Editorial Gredos; Madrid.

Foucault, M. 1980, *Nietzsche, Freud y Marx*; Ed. Anagrama, Barcelona.

Galende, Emiliano. 1997, *La Crítica Actual y la Interpretación Psicoanalítica*; En:

Galende, E, Barenblit, V; compiladores; *La Interpretación*; Lugar editorial, B. Aires.

Habermas, J. 1969, *Conocimiento e Interés*; Taurus, Madrid, Enciclopedia Microsoft (R) Encarta (R) 98

Diccionario Enciclopédico Ilustrado Sopena; 1981; Tomo 3; Editorial Sopena; Barcelona, p.1230

ESPACIO ABIERTO

El sonámbulo alimentado.

Cine, emociones y bi-lógica*

José Luis Villalba P.



Introducción

El cine ofrece un vasto territorio para ser explorado a la luz de la bi-lógica. Desde las reacciones vividas por el espectador en la oscuridad de una sala de cine hasta la retórica propia del discurso fílmico, o desde lo que sostiene psicológicamente el *star-system* hasta el trasfondo creativo de las grandes obras maestras de la pantalla, todo ello puede ser profundizado aplicando los postulados del psicoanalista chileno.

No es que Matte Blanco haya escrito sobre cine. Por cierto lo hizo prioritariamente sobre los fenómenos psíquicos y el psicoanálisis pero en algunas ocasiones se refirió al arte y a la

creación artística. El estaba cierto que la bi-lógica podía aportar nuevos enfoques a la comprensión del fenómeno estético. Al parecer, en la década de los 80 y 90 algunos estudiosos del cine en Italia asumieron el desafío de aplicar sus ideas en dicho territorio. Pero esto no ha tenido una mayor divulgación.¹

En lo que respecta al presente trabajo me limitaré a mostrar la aplicación del modelo de Matte Blanco en la génesis y la operativa de las emociones que produce un film. Las emociones son estructuras bi-lógicas. En el cine deben estudiarse insertas en el marco de otra estructura similar a la misma bi-lógica que es el discurso fílmico. Sin embargo, daré por aceptada esta última aseveración, en honor a la brevedad del tiempo disponible.

Considerando que la sustancia del cine radica en la proyección de imágenes en movimiento, me valdré al menos de una de ellas y es la que está mas arriba en este escrito. Es una fotografía extraída del film mudo *El Gabinete del Dr. Caligari*, realizado en 1919 en Alemania bajo la dirección de Robert Wiene.

* Ponencia presentada en el IV Encuentro del International Bilogic Group, celebrado en Roma en Septiembre de 2004.

¹ Al respecto, véase *estética ed infinito*. Scritti di Matte Blanco a cura di Daniele Dottorini. Quaderni di Filmcritica. Bulzoni Editore, Roma, 2000. En cuanto a la influencia de la bi-lógica en el estudio del cine se mencionan sucintamente escritos de L. Albano, R. Rossetti y S. Bernardi y del mismo D. Dottorini., todos ellos publicados en diversos números de la revista *Filmcritica*

Este film tuvo un gran impacto en su época y dio comienzo a la llamada Escuela del Expresionismo Alemán.²

Entre otras posibles interpretaciones³, se puede ver en la foto elegida la alegoría de un tipo de cine que parece hipnotizar a los espectadores, alimentándolos con una clase de emociones que a la larga solo ayudan a mantener un sistema de dependencias.

1 Las imágenes y la génesis de las emociones

1.1 Reconocimiento de los componentes de una imagen.

Si observamos detenidamente la imagen de la portada podríamos decir que en nuestro interior se movilizan dos tipos de reacciones. La primera, tiene que ver

con la percepción y reconocimiento de los distintos elementos que aparecen en la foto, a saber, los personajes, los objetos, el ambiente en que se desenvuelve la situación. La segunda, más imprecisa, se vincula a las ideas y sensaciones que despiertan dichos elementos, ya sea por separado o formando una unidad global.

Veamos más de cerca la primera situación. La escena nos muestra a dos extraños personajes situados en la parte izquierda del cuadro. Uno, relativamente joven y vestido con una malla oscura, está sentado dentro una caja parecida a un sarcófago. Es Cesare, el sonámbulo, y está sumido en un profundo trance hipnótico. La otra persona, un hombre mayor, vestido a la usanza antigua, con levita y sombrero de copa, le está acercando al joven dormido una cucharada

² El Gabinete del Dr. Caligari. (Resumen del argumento).

En un sanatorio de dementes, Francis, uno de los enfermos, le cuenta a otro su historia personal y la de Jane, una joven abstraída que deambula por los jardines del lugar. Todo habría empezado en la imaginaria localidad de Holstenwall, donde ambos vivían... Allí un día aparece un extraño personaje autodenominado Dr. Caligari quien presenta un inquietante espectáculo de sonambulismo en la feria de atracciones. Para ello se vale de Cesare, un joven que está en permanente estado de hipnosis y que yace dentro de una especie de ataúd.

Con la llegada de Caligari se inicia una serie de sangrientos asesinatos en la localidad, incluyendo el de Alan, el mejor amigo de Francis. Tras diversas pesquisas se confirma que el autor de los crímenes no es otro que Cesare, el sonámbulo, quien ha obrado manipulado mentalmente por Caligari. Cuando es descubierto, Cesare colapsa y Caligari huye.

Las autoridades del lugar, guiados por Francis, descubren que Caligari es nada menos que el médico director del manicomio de Holstenwall quien ha enloquecido en su afán de dominar la mente de las personas a través de arcaicas técnicas de hipnosis. Caligari es finalmente reducido y Francis recupera a Jane, su enamorada.

El film, sin embargo, termina volviendo a la situación inicial, donde Francis es el enfermo mental que está contando su historia. De pronto, aparece el verdadero médico director del lugar que no es otro que el Caligari de Holstenwall vestido de otra manera y con modales serenos y bondadosos. Tras una explosión de ira de Francis, que obliga a los enfermeros a reducirlo, el médico declara que ahora está en condiciones de poder sanarlo ya que conoce la causa de su psicopatía.

³ *Caligari*, desde sus orígenes, se ha prestado para múltiples lecturas. Siegfried Kracauer (1946), un renombrado teórico del cine, vio en esta obra una metáfora de lo que sería el posterior advenimiento del nazismo.

de alimento. No es otro que el doctor Caligari.

El recinto donde están situados es un espacio pequeño y para nada convencional. Las paredes laterales están inclinadas de manera arbitraria y la ventana del fondo es irregular y más decorativa que práctica. Al centro, una lámpara colgante ilumina el lugar, aunque las sombras proyectadas en el suelo y en los muros parecieran provenir de otra fuente luminosa. Una observación más detallada nos permite descubrir que se trata de luces y sombras pintadas de acuerdo a una intención escenográfica.⁴

Hasta aquí, lo que hemos hecho ha sido una labor de reconocimiento, estableciendo relaciones a partir de la información que poseíamos del film. Al hacerlo, hemos puesto el acento *fuera* de nosotros y nuestra mirada ha sido más bien cognitiva e ideática. En términos de Matte Blanco, ha habido un despliegue de nuestro *modo de ser heterogéneo o divisible*, apoyado en la capacidad de nuestra conciencia para establecer relaciones asimétricas. Pero faltan los elementos del segundo tipo de reacción y es conveniente volver a situarnos ante la imagen.

1.2 Las emociones y sus contenidos.

Al mirar la fotografía y buscar más allá

de lo que sabemos, podemos sentir que nos llega un nuevo tipo de información. Esta vez no viene de afuera sino de *adentro* de nosotros mismos. Los personajes y los objetos parecen cargarse de significados que trascienden aquellos denotados en la primera instancia. Tenemos pensamientos amalgamados con sensaciones-sentimientos. En el decir de Matte Blanco, tenemos *emociones*.

Lo primero que parece surgir es una sensación de inestabilidad, de estar ante algo que se desenvuelve en un límite impreciso entre lo real y lo imaginario. La situación que vemos amenaza con disolverse en un puro juego fantasmático de claroscuros. Podríamos argüir que es precisamente la intervención en el espacio escénico —distorsión de la perspectiva, presencia de sombras agudas y arbitrarias, predominio de líneas diagonales— lo que contribuye a crear una atmósfera cercana a la de una pesadilla. *La imagen cinematográfica debe convertirse en una escisión*, declaró en su tiempo Hermann Warm, uno de los escenógrafos del film. Este propósito de escindir, de agredir, de cortar, lo palparemos a lo largo de toda la película, no solo a través de las punzantes formas escenográficas, sino también de las conductas amorales y destructivas de la pareja de nuestra foto. Pero hay más cosas de fondo.

⁴ En efecto, tres pintores del movimiento expresionista *Sturm* de Berlín — Hermann Warm, Walter Reimann y Walter Röhrig — son los autores de los decorados del film. La mayor parte de ellos fueron hechos con telas pintadas en el mismo estilo que apreciamos en la fotografía. De más cabe decir que el éxito de *Caligari* se debió en buena parte a esta escenografía expresionista causante de una atmósfera inquietante y desestabilizadora.

rostro despavorido del joven con los de la sombra del asesino proyectada contra la pared que entierra, una y otra vez, su mortífero puñal. Al no tenerse plena certeza de que sea Cesare el asesino — estamos en el inicio del film — los espectadores enfrentan una situación tensa y ambigua. Por una parte, perciben el hecho del asesinato y, por la otra, se enfrentan con el misterio de la identidad del agresor.

Es, precisamente, en esa sombra en la pared, donde los espectadores *proyectan* su propio temor a la muerte. Al no

haber un claro referente, la sombra asume todas las propiedades de la clase (= todos los agresores) y amplifica poderosamente el temor. Pero lo que se proyecta no es solo el miedo a morir. Puede que también vayan de contrabando aspectos ignorados del propio psiquismo, por ejemplo, impulsos sádicos y destructores. Sabemos que es más fácil horrorizarse ante lo ajeno que reconocer los propios horrores. Aquí radica la causa de la fascinación que tienen tantos adolescentes por las películas de sangre y terror.



El asesinato de Alan (*El Gabinete del Doctor Caligari*)

Los mecanismos de identificación y de proyección en el cine también pueden aclararse a la luz del principio de simetría. De hecho, si se establece una relación entre el espectador y uno o más personajes de un film, ambos elementos se constituyen como partes de diversas clases. En el caso de *Caligari*, estaría la clase de *los agredidos o violentados*. Por otra parte, en un film romántico, puede formarse la clase de *los enamorados*. En uno de acción, la clase de *los héroes* y así sucesivamente. En la mayoría de los casos, personaje y espectador (y, muchas veces, actor y espectador), se igualan secretamente en una emoción experimentada. Esto vale para toda la gama de emociones, desde la risa liberadora, habitual en la comedia, hasta la tensión que contrae los músculos del cuerpo, propia de las películas de suspenso.

Desde luego que no todos los personajes ni situaciones movilizan las mismas identificaciones y proyecciones en los espectadores. Esto tiene que ver con la biografía emocional de cada uno y también con la calidad del film proyectado.

2.2 El manejo creativo de las emociones.

Es posible que la secuencia aludida más arriba no produzca hoy en día el sobresalto emocional que generó en sus tiempos. Puede ser que tan solo la veamos con la simpatía que despierta una obra de arte que bordea, a pesar de sus horrores, el encanto de lo *naïve*.

Cuando las imágenes no atrapan el interés del *modo consciente*, ya sea por lo conocido del tema o por lo obvio del modo narrativo, *el modo inconsciente* retira su participación del proceso emocional basado en los mecanismos de identificación y proyección. Puede emerger, entonces, la sensación de distanciamiento, inclusive de aburrimiento.

Hay, sin embargo, escenas que mantienen casi intacta su carga emocional no importa el correr de los años. Una muy famosa, heredera en cierto modo de *Caligari*, es la llamada escena del asesinato en la ducha, del film *Psicosis* (A. Hitchcock, 1960). También aquí hay un desconocido que sin motivo aparente apuñala con gran saña a una bella joven que toma una ducha en un inquietante motel de paso.

Del mismo modo que Wiene en *Caligari*, Hitchcock construyó en *Psicosis* una situación extremadamente sangrienta sin mostrar una sola gota de sangre. El objetivo de fondo era lograr que el público, sobre todo el femenino, se convirtiera en testigo de algo espantoso y perturbador. Este hecho debía comprometer lo más recóndito de cada espectador. El film tuvo un impresionante éxito debido en gran parte al impacto de esta escena y, que dicho sea de paso, aún genera fuertes reacciones emocionales. ¿Cómo alcanzó Hitchcock tal participación afectiva?

Yo diría que dejando entrever, más que mostrando. Pero más que nada, organi-

BIBLIOGRAFÍA

Matte Blanco, I. *The unconsciousas infinite sets. An Essay in Bi-logic.* Karnac Books, London, 1998, con prólogo de Eric Rayner. (1ª Ed. 1975). Versión italiana: *L'inconscio come insiemi infiniti.* Traducción. y prólogo de Pietro Bria. Ed. Einaudi, 2000.

— *Thinking, feeling and being. Clinical reflections on the fundamental beings and world.* Ed. Routledge, London, 1999. (1ª Ed. 1988). Prólogo de Eric Rayner y David Tuckett. Versión italiana: *Pensare, sentire, essere.* Traducción. y prólogo de Pietro Bria. Ed Einaudi, 1995.

Dottorini, D. *Estetica ed infinito.* Scritti di Matte Blanco. Ed. Bulzoni. Roma, 2000.

Andrew, J. *Las principales teorías cinematográficas.* Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1978. Título del original: *The Major Film Theories.* Oxford University Press, 1976.

Kracauer, S.: *Cinema Tedesco. Dal Gabinetto del Dott. Caligari a Hitler (1918- 1933).* Ed. Mondadori, Italia, 1954. Título original: *From Caligari to Hitler. A psychological history of the german film.* Ed. B.C.M., 1946

Tarkovski, A.: *Esculpir en el tiempo. Reflexiones sobre el arte, la estética y la poética del cine.* Ed. Rialp, Madrid, 1996

AUTORES

Roberto Aceituno.

Psicólogo y Psicoanalista, Docente de la Universidad de Chile y de la P. Universidad Católica de Chile, Miembro del Grupo de Investigaciones en Clínica Psicoanalítica, *GEA*.

Marta Bello.

Psicóloga (Universidad de Chile), Magíster de la Universidad Central de Venezuela, Psicoanalista del Campo Freudiano de Caracas, Profesora de la Universidad Católica de Valparaíso, Docente y Miembro Titular de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.

Pilar Soza Bulnes.

Psicoanalista, Magíster en Psicología Clínica Infantil, Miembro Titular, Docente y Directora del Consultorio de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.

Cinthia Cassan.

Médico de la Universidad de Buenos Aires convalidado en la Universidad de Chile, Especialista en Psiquiatría, Psicoanalista, Magíster en formación en Psicología Clínica, (Mención en Psicoanálisis), Docente y Miembro de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa, participante en Grupos de Trabajo sobre "Psicosomática" y "Psicopatología de la Mujer" de la Sociedad Chilena de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía.

Ana María González de Olagaray.

Psicóloga, Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

José Pinedo Palacios.

Psicólogo P. Universidad Católica de Chile, Magíster en formación en Psicología Clínica (P. Católica de Chile), Psicoanalista y Miembro Titular de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa, Psicoanalista en la Unidad de Psicoterapia de Adultos del Departamento de Psiquiatría de la P. Universidad de Chile.

Claudia Vergara

Psicóloga Universidad de Chile, Psicoanalista y Miembro Asociada de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.

José Luis Villalba

Cineasta, profesor de Estética

INSTITUCION

Sociedad Chilena de Psicoanálisis ICHPA

DIPLOMADO EN TEORIA PSICOANALITICA

Duración: 4 semestres

Requisitos:

- Título Profesional (excluyendo a Psicólogos y Psiquiatras)
- Entrevista de selección

PROGRAMA

1er Año	1er Semestre	Freud I : "Orígenes del Psicoanálisis"
		Freud II : "Sueños y Formaciones del Inconsciente"
		Filosofía I : "Hermenéutica y Psicoanálisis: La cuestión del Sujeto"
	2do semestre	Freud III : "Pulsión y Sexualidad"
		Freud IV : "Metapsicología Freudiana"
		Filosofía II : "Hermenéutica y Psicoanálisis: Tiempo y Lenguaje"
2do Año	3er Semestre	Klein I : "Pensamiento kleiniano"
		Freud V : "Edipo y Castración"
		Freud VI : "Los Textos Culturales"
	4to Semestre	Lacan I : "El Inconsciente estructurado como un lenguaje"
		Klein II : "Desarrollos post-kleinianos"
		Psicopatología I: "Concepciones Psicopatológicas en Freud"

Al finalizar y aprobar los 4 semestres, se entrega un diploma que certifica la formación en Teoría Psicoanalítica, lo cual no faculta para el ejercicio de la práctica clínica.

Sociedad Chilena de Psicoanálisis

ICHPA

FORMACION EN PSICOANALISIS

Duración: 8 semestres

- Requisitos:**
- Título de Psicólogo o Psiquiatra.
 - Psicoanálisis personal iniciado antes de comenzar los seminarios y continuado durante toda la formación (3 sesiones semanales como mínimo).
- En casos acreditados, el estudiante puede acceder a un psicoanálisis de bajo costo.
- Entrevista de selección

PROGRAMA

1er Año	1er Semestre	Freud I : "Orígenes del Psicoanálisis"
		Freud II : "Sueños y Formaciones del Inconsciente"
		Filosofía I : "Hermenéutica y Psicoanálisis: La cuestión del Sujeto"
	2do semestre	Freud III : "Pulsión y Sexualidad"
		Freud IV : "Metapsicología Freudiana"
		Filosofía II : "Hermenéutica y Psicoanálisis: Tiempo y Lenguaje"
2do Año	3er Semestre	Freud V : "Edipo y Castración"
		Freud VI : "Los Textos Culturales"
		Klein I : "Pensamiento Kleiniano"
	4 to Semestre	Klein II : "Desarrollos Post-kleinianos"
		Lacan I : "El Inconsciente estructurado como un Lenguaje"
		Psicopatología I: "Concepciones Psicopatológicas en Freud"

Formación Clínica

- Mención Adultos
- Mención Infanto-Juvenil

La formación Clínica comienza paralelamente el segundo año de la formación con la integración a un grupo de supervisión de pacientes, derivados por el Consultorio del ICHPA, optando el estudiante por supervisión de pacientes adultos o de niños y adolescentes. Las supervisiones grupales se realizan durante 2do., 3er. y 4to. año

Durante el 3er y 4to año, se realizan además supervisiones individuales.

Los seminarios son comunes a ambas menciones, las que se diferencian en el ámbito de la supervisión.

3er Año	5to Semestre	• Psicopatología II: "Concepciones Psicopatológicas en Freud" • Proceso Psicoanalítico I: "Teoría Clásica de la Técnica" • Winnicott I: "Conceptos fundamentales" • Introducción al Psicoanálisis de Niños
	6to semestre	• Psicopatología III: "Concepciones Psicopatológicas en el modelo de las Relaciones Objetales" • Proceso Psicoanalítico II: "Transferencia e Interpretación" • Grupo Operativo: "Formación y Transmisión" • Constitución Psíquica
4to Año	7mo Semestre	• Winnicott II: "Consecuencias de su Obra" • Proceso Psicoanalítico III: "Conflicto e Impasse" • Lacan II: "Clínica Lacaniana" • Clínica y Psicopatología Infantil
	8vo Semestre	• Proceso Psicoanalítico IV: "Dirección y Sentido de la Cura" • Talleres Teóricos y/o Clínicos • Psicopatología IV: "Concepciones Psicopatológicas en la Escuela Francesa" • Bordes del Psicoanálisis

Al término de los seminarios y la supervisión se presenta un Trabajo Clínico Final. Si el trabajo es aprobado se entrega la Certificación en Formación Psicoanalítica, acreditada por la Comisión Nacional de Acreditación de Psicólogos Clínicos, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis FLAPPSIP y la International Federation of Psychoanalytic Societies IFPS.

Normas de publicación

1. Gradiva recibe para su evaluación contribuciones inéditas, de preferencia en castellano, relativas a temas psicoanalíticos o culturales de interés relacionado.
Salvo excepciones calificadas por el Comité Editorial, se podrán evaluar textos ya publicados en otros medios, que cuenten con la autorización de sus editores anteriores.
La revista se reserva el derecho de hacer modificaciones de estilo y redacción al texto original, previa información a los autores.
2. En cada trabajo deberá especificarse el nombre y dirección del autor, el título del artículo y los datos referenciales que el autor desee explicitar en la publicación (títulos, grados, pertenencias, etc.) Si han sido publicados anteriormente, deberá también detallarse el medio de publicación, el lugar de exposición, el idioma y la fecha.
3. Los trabajos se enviarán a la sede del ICHPA, Holanda 255, Providencia Santiago, a nombre de Gradiva.
Se solicitan tres copias del texto en su versión definitiva, (letra Times, cuerpo 12, espacio corrido), dos en forma impresa y una en disquette de 3.5, de 720 KB o 1.44 MB que puedan leerse en sistema Windows o Mac (Word, de preferencia) y en archivos en formato RTF.
4. Las notas al pie figurarán al final de la página correspondiente, asignándoles numeración consecutiva a lo largo del texto y no deben incluir referencias bibliográficas.
5. Las citas bibliográficas dentro del texto deberán ser exactas e incluir, entre paréntesis, autor, fecha y número de página.
6. La Bibliografía, al final del artículo, incluirá todos los trabajos citados, siguiendo un orden alfabético de autores. En caso de varias citas del mismo autor, éstas se ordenarán por orden cronológico, consignando los datos según la ejemplificación siguiente:
En caso de citas de libros, sólo el título se escribirá en cursiva, como por ejemplo:

Bion, W.R. 1985, *Experiencias en Grupos*, Barcelona, Paidós, p. 38

En el caso de citas de artículos, se deberá realizar del siguiente modo:

Pérez, A. 2000, Identidad y psicosis, Gradiva vol. 1, núm. 2, año 2000, p. 194.

7. La inclusión de gráficos o figuras deberá hacerse dentro de los límites de un procesador de palabras, aplicando el formato RTF. En caso de otras imágenes, se consultará al Comité Editorial.
8. El Comité Editorial está encargado de evaluar y cautelar la confidencialidad y la ética profesional de los artículos y, asimismo, de proponer modificaciones o rechazar en caso de considerarse que estas características no hayan respetado.



CUPON DE SUSCRIPCION

REVISTA GRADIVA

UN AÑO	2 NUMEROS	\$ 9.000	☐
DOS AÑOS	4 NUMEROS	\$ 16.000	☐
TRES AÑOS	6 NUMEROS	\$ 21.000	☐

DATOS DEL SUSCRIPTOR

NOMBRE _____

R.U.T. _____

DIRECCION PARTICULAR _____

DIRECCION COMERCIAL _____

TELEFONO _____

FAX _____ E-MAIL _____

EFFECTIVO \$ _____ CHEQUE _____ T. CREDITO _____

FACTURA SI ☐ NO ☐

A NOMBRE DE _____

R.U.T. _____ GIRO _____

DIRECCION _____

IMPORTANTE: LA SUSCRIPCION OTORGA EL DERECHO A RECIBIR GRATUITAMENTE LOS NUMEROS EXTRAORDINARIOS QUE LA REVISTA PRODUZCA.

Agradecemos enviar este cupón con sus datos completos a nuestras oficinas vía fax o inscribirse a través de Internet en la siguiente direccion: www.ichpa.cl, E-mail: ichpa@terra.cl

Av. Holanda 255, Telefono: 3348294 . Fax: 2329113 . Providencia - Santiago

Las opiniones vertidas en esta publicación, son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

La reproducción parcial o total de la publicación no está autorizada por los editores, porque viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



INDICE

TEXTOS

¿Qué nos enseñan los pacientes
"de hoy"?

Roberto Aceituno

La cultura, el sujeto y su malestar

Marta J. Bello

Cuerpos modernos

Cinthia Cassan

Juego y estrategia en el
abordaje de los púberes

Ana María González de Olagaray

Inteligencia artificial, proyecto de
psicología para neurólogos y
modelos fractales de la mente

José R. Pinedo

Dolor de caminar

Pilar Soza Bulnes

Hermenéutica e interpretación
psicoanalítica

Claudia Vergara

ESPACIO ABIERTO

El sonámbulo alimentado

Cine, emociones y biológica

José Luis Villalba

Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Holanda 255 - Providencia

Fono 334 8294-Fono fax 232 9113

E mail: ichpa@terra.cl

www.ichpa.cl